

56  
5296  
12

# BRECHA

AÑO 3    --    ARTES    --    DICIEMBRE DE 1958    --    LETRAS    --    N° 4

Secretario del Consejo de Redacción: **Arturo Echeverría Loría** — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

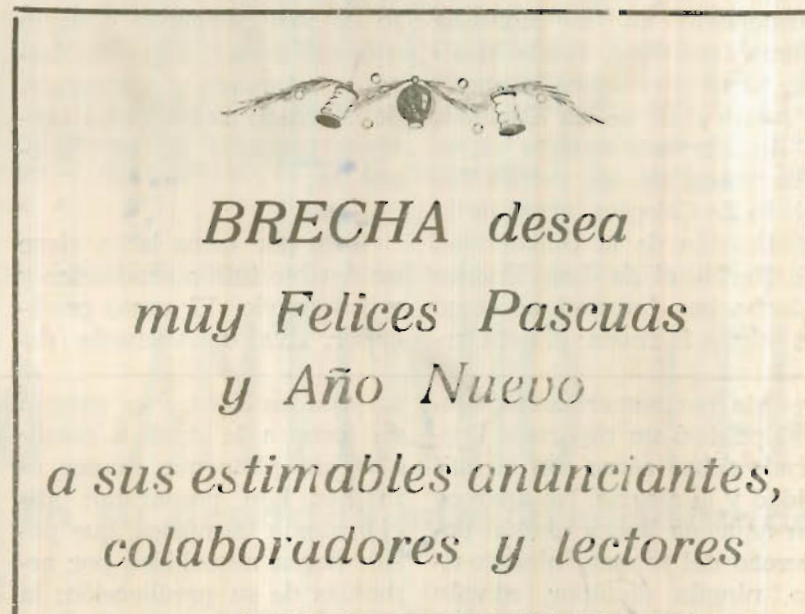
Edita: **BRECHA Ltda.** -- "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—*Rubén Darío* — Precio: ₡ 1.25

## LA FELICIDAD

Por *PROTEO*

BRECHA quiere un artículo para sus páginas de Diciembre, y no podemos negarnos a tan amable exigencia. Diciembre es el mes alegre del año. El mes de la Virgen. El mes del Niño. El mes del solsticio de invierno. El mes maravilloso del trópico, en que luce por todas partes el rojo vivo de las hojas de las flores de pascua. Es el mes de la felicidad, esa diosa esquiva, la más huraña, la más tacaña, la más avara de sus favores, en cuya persecución han perecido los hombres desde que aparecieron sobre el haz de la tierra.

Muy pocos llegan a la felicidad. La escala de Jacob pinta maravillosamente la tremenda lucha por alcanzarla. El mundo pagano, con el sentido atómico de la vida que animó a Epicuro y después a Lucrecio —y en nuestra época a Rubén Darío, según observaciones últimas muy atinadas del ilustre Enrique Macaya Lahmann— vislumbró el primer paso hacia ella, que es la alegría. Así, los pueblos que han alcanzado a poseer el sentido de la alegría han llegado a poner los pies en los dominios de la felicidad. Es seguro que por eso la Grecia antigua logró prolongar su blanca sombra sobre las edades: la preocupación



de sus filósofos, de sus poetas, de sus escultores, fue llevar un rayo de alegría al espíritu para hacerlo feliz.

El cristianismo, con la tremenda realidad de "polvo eres y en polvo te convertirás", vino a poner un signo de tristeza a la vida, a pesar del Paraíso prometido. Pero en su mochila maravillosa trajo a Diciembre, con la Virgen y el Niño, con trineos anunciados por campanitas de plata en el Norte y sus palmas y sus pitos y su sol dorado en el Sur. Trajo la Esperanza, que es madre de la alegría. Al lado del "candente Pablo" tiene a San Francisco de Asís, deshojando sus olorosas **Floreillas**.

Un dulce poeta melancólico, Amado Nervo, pedía alegría a los hombres: "No estés triste, que es pecado estar triste", clamaba con voz optimista. Rubén Darío, ese otro gran poeta que vivió en apuros y, por lo mismo, entre los nubarrones de la tristeza, pide alegría, alegría, alegría en uno de sus más hermosos poemas. Porque sin alegría es harto difícil alcanzar la felicidad. Aun los más agobiados por la pena llegamos a penetrar, frente a la sonrisa de los amados hijos, la alegría que nos hace poner los pies en el reino de la felicidad.

En los trajines diarios de la vida, el hombre va y viene,

buscando, persiguiendo la alegría como el señuelo de la felicidad. En nuestra época, hasta en los entreveros de los sueños de la bestia hemos visto la preocupación por la alegría: un nazi feroz, Rossemberg, quiso imponerla entre la espesa tiniebla de aquella Alemania enloquecida del Tercer Reich. "Al poder por la alegría", fue su lema, declarando, además, que quien no viviera alegremente era un mal patriota, un ingrato, un mal nazi. Aquel alucinado no se daba cuenta de que no era posible crear alegría en medio de la barbarie. Pero la soñó: un rayo de alegría penetraba de vez en cuando en el antro tenebroso de su entendimiento embotado, como entra la luz en las poderosas fauces del caimán que se vara en la playa a beber sol. La soñó, como camino hacia la felicidad.

Los poetas, en general, son seres tristes. Pero no buscan la fuerza bruta para implantar la vida alegre, como Rossemberg, sino el amor. Darío y Nervo, que nunca alcanzaron a vivir alegres; más todavía, que siempre vivieron tristes, aconsejaban la sonrisa como emblema de la vida, quizás porque no querían tener al prójimo la lástima que ellos mismos se inspiraban. No deseaban que el ala de la trage-



# Gabriel Michel, bibliófilo

Por Enrique Macaya Labmann

(Escenas junto a mi vida)

Al Señor Albert Chambon, homenaje por su labor de mayor acercamiento cultural franco-costarricense.

Gabriel Michel era bibliófilo. Y del bibliófilo tenía esa sonrisa torrosa y dilatada a la vez, que se perfila en las gentes de su oficio en el momento de descubrir un tomo antiguo por muchos años buscado o la estampa del viejo París que muestra un monumento desaparecido desde hace ya varios siglos.

En Gabriel Michel aquella sonrisa se había vuelto permanente. Era el rasgo más sustancial de su fisonomía. Sonrisa cordial y también discreta, que ponía en su vejez como un retorno oculto hacia la alegría de la juventud.

Vivía en la calle Descartes, en lo más elevado de la Mon-

taña de Santa Genoveva, cerca de la Escuela Politécnica. Era, pues, parisiense de cepa añeja, tanto por su edad como por el barrio en que vivía. Habitaba una casuchona varias veces centenaria que asomaba su último piso sobre el apretado grupo de callejuelas sórdidas y estrechas que forman ese barrio de París, suspendido en la Montaña Santa Genoveva, desde lo alto, hasta caer sobre la ancha y nueva calle de las Escuelas.

Antaño este caserío estrecho y casi sin sol, estuvo poblado de Colegios, antes de la unificación de la Universidad de París: el de Los Buenos Muchachos, tan antiguo como la misma Sorbona; el del Car-

denal Lemoine, cuyo recuerdo aún evoca el nombre de una calle cercana; el de los Bernardinos, quizá el más importante de todos y que dió nombre a varios sitios de sus alrededores y que todavía persisten: la calle de los Fosos San Bernardo y también la de los Bernardinos. No lejos se encuentra, además, el Puerto de San Bernardo (puerto sobre el Sena), lugar de descarga, atareado y pintoresco, del Mercado de los Vinos (antiguo Depósito de San Bernardo).

Todo por estos lados tiene un amable tufillo académico y universitario. El santo predicador, rival de Abelardo, de-

sa y de los hijos, y se sientan en torno a la mesa a comer el grato plato que manos amantes han preparado; aficionados a la música, que pasan horas absorbidos por armonías de su predilección; la familia que sale a pasar un día de campo, olvidada de preocupaciones y amarguras; los fanáticos de los deportes que elevan sus clamores al cielo ante una jugada maestra de su equipo favorito; el labriego que, preguntado sobre su concepto de la felicidad, contesta sin titubeos: "El hombre que posee un pedazo de buena tierra, una casita, herramientas para trabajar, una vaca, una buena mujer e hijos que continúan su labor, ¿qué más puede desear?".

revista norteamericana **Coronet** publicó un reportaje ilustrado sobre cómo son la felicidad y la alegría. No aparece en aquellas líneas ningún poderoso del mundo, ningún rico, ningún dictador, ningún gobernante, ninguna mujer hermosa. Hablan un obrero con el saco al hombro y una bolsa con su almuerzo en la mano, camino del trabajo, cantando, pleno de salud y de vida; un muchacho recostado en un tronco y rodeado de compañeritos que planean una excursión de pesca; un anciano que sabiamente envejece, lleno de tranquilidad, con su conciencia satisfecha, gozando de paz en sus últimos días; una joven madre arrobada ante su hijito; una muchacha que sale de su oficina y se sienta en una banca del parque a comerse su **lunch** y a gozar de un rato de descanso; hombres que al regresar por la tarde a sus hogares encuentran el cariño de la espo-

pero la base de la alegría y de la felicidad, es el reino de la libertad. "Hay pueblos que deben ser alegres porque poseen cuanto necesitan para llevar una vida dichosa", ha

jó su huella profunda dentro de aquella mínima geografía humana. Gabriel Michel vivía en esos lugares como si fuera miembro de una antigua y docta Academia, aun sin nombre, pero de cuya existencia jamás había dudado.

Le acompañaba en su vida solitaria únicamente una criada que había envejecido con él y siempre a su servicio. Madame Gerin era una criada fiel y rutinaria. Economizaba con avaricia de personaje de Balzac, el gas y la electricidad como si fueran gastos propios. Compraba los comestibles en el mercado de la calle Mouffetard, el mercado obligado para todos los moradores del vecindario. Se contaba que Fallole, el principal y más próspero mercader de la calle Mouffetard, conocía tan bien el hábito incorregible de regateo de la pobre anciana, que un día había puesto bien visible a la entrada de su establecimiento, un rótulo que decía: "Hoy precios especiales, sin rebaja, para Madame Gerin". Ella se contentó con sonreír discretamente y compró todo lo que necesitaba, pero, como de costumbre, a precios muy rebajados.

Para subir al apartamento de Gabriel Michel se tomaba la escalera principal y luego

dicho alguien. Como Costa Rica, agregamos nosotros. Como este bendito solar costarricense que debiera ser imitado por todo el Caribe y por todo el mundo. No son, como lo comprobó **Coronet**, ni la riqueza, ni el poder, ni la hermosura, las puertas que abren el camino a la alegría y a la felicidad. Muchas veces nos las brindan un rayito de sol, una mirada dulce, una sonrisa infantil, un paisaje. Pero ni el sol, ni el amor, ni la contemplación agradable tienen eficacia de alegría ni poder de felicidad, si nos rodean la imposición arbitraria, el desmán, la barbarie... No puede haber alegría, ni mucho menos felicidad, donde reina la infamia.

Por eso en Costa Rica son tan bellas las flores de pascua y suenan tan dulces los cantos de la Virgen y del Niño; por eso luce tan alto el cielo azul; por su libertad.



se doblaba por otra más pequeña, hasta llegar a una reducida puertecita del quinto piso, donde había una campanilla de cordel que, al tirarse, producía un cristalino repicar como de sonata mínima en un fondo de silencio.

En la escalera pequeña faltaba un peldaño desde hacía mucho tiempo, que nunca había sido reparado. Cuando subía con Gabriel Michel a su apartamento, siempre me decía al llegar al peldaño roto: "Cuidado con el paso falso".

Me imagino las tantas veces que habría tenido que dar la alarma sin cansarse de hacerlo; era yo como un detalle trascendental en la rutina de su vida. Yo lo bromeaba siempre, amenazándolo con el peligro de poder caer, pero la amenaza jamás surtió efecto y el peldaño continuó tal cual estaba.

El cuarto en el que nuestro bibliófilo tenía su biblioteca y sus colecciones, era una especie de guardilla chata pero alargada. Paredes gruesas, techo muy bajo, piso recubierto

con alfombras rojas y dos ventanas estrechas mirando, en toda su lejanía, sobre el maravilloso panorama de París: el Sena, San Severino, Nuestra Señora, la Conciergería, la Torre Saint Jacques y, más lejos, sobre techos humeantes y neblina de esfumino, las borrosas cúpulas bizantinas del Sagrado Corazón. ¿Quién se atrevería a dudar que las ventanas de aquel cuarto eran el mirador más maravilloso que podía darse, sobre el paisaje casi infinito de la ciudad?

Madame Gerin se reía—con reír franco y volteriano— de aquel museo de antigüedades que con tanta obstinación iba creciendo más, día tras día.

—Entre tanto libro viejo, nunca he podido encontrar nada digno de poder leerse, decía. Solamente un Himno a la Virgen del Medio Día que, por lo mucho que me gustó, lo he aprendido de memoria.

Y Madame Gerin recitaba entonces unos versos —de un poeta cuyo nombre ella mis-

ma no lo sabía— con una cadencia que apenas resbalaba sobre el final del verso y clavando sus ojos pequeños y brillantes a través de la ventana entreabierta, sobre el lejano panorama de París.

Tenía Gabriel Michel mirada de águila e intuición de rastreo de lebrél de caza para encontrar lo que buscaba. Los libreros de viejo desconfiaban de él, pues sabían que cuando trataba de comprar algo, era porque ese algo debía valer mucho.

—Mira —recuerdo que me dijo un día— te ruego ir a una librería de viejo que está a la entrada de la Plaza Furstenberg y me compras una edición del siglo XVII de los Ensayos de Montaigne. Es copia fiel de la llamada de Mademoiselle de Gournay, de fines del XVI. Vale mucho para mí. Si la compro personalmente, ese maldito Cassini —así se llamaba el librero— me sube el precio. Puedes pagar hasta quinientos francos. Cassini ya sospecha de mi interés, pues la ha puesto hoy en

exhibición en la ventana como gran novedad.

Fui a cumplir el encargo y, para disimular mi intento, entré en la librería preguntando por libros españoles. Cassini me mostró un "Fray Geruandic" del Padre Isla. Era una edición algo vieja y bien ilustrada. La compré por unos pocos francos, pero compré también por doscientos francos el Montaigne que se me había encargado.

Regresé rápidamente a la casuchona de la calle Descartes. Gabriel Michel tomó el libro en sus manos en actitud faústica. Revisó ensimismado el año de impresión, el nombre del editor, la pasta de cuero suave con listones dorados en las orillas. Así, silencioso y extasiado, se olvidó de mi presencia.

Yo me retiré en silencio, caminando casi de puntillas. Cerré la puerta con cuidado, muy lentamente, para que no se diera cuenta de mi partida y poder dejarlo en su soledad, mirando hoja tras hoja —des-

# Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento Especializado

OFRECE:

## Nuevo Diccionario MEDICO Larousse

Para conocer y conocerse:

El "NUEVO DICCIONARIO MEDICO LAROUSSE" refleja exactamente el estado actual de la ciencia médica; reúne en artículos separados de fácil consulta una enorme suma de conocimientos de anatomía, patología, terapéutica, cirugía, psiquiatría, medicina social, obstetricia, anestesia, endocrinología, dietética, toxicología, etc.

Expone detalladamente para el público culto los más recientes progresos.

Su novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas permite adquirir un conocimiento sólido de la abicación y relaciones de nuestros órganos.

Profusamente ilustrado con fotografías fieles y explícitas, y aclarado por figuras demostrativas, constituye un inapreciable instrumento de cultura que, con la misma exactitud, pero sin el tedio y la aridez de los textos especializados, permite saber bien y de inmediato todo cuanto se refiere al funcionamiento de los órganos y la salud del cuerpo humano.



# Villancico del Portal

Por Carlos Luis Sáenz E.

ESTE es el Portal de don Chico Pérez —blanca tarlatana, y encrados verdes— que hacen de su sala gala en los diciembres.

—Señora María, señor San

José, con su permisito lo queremos ver este Portalito que huele tan bien a piñas maduras, cohombros de olor y limas del huerto de Mamá Leonor.

San José:

Para GLORIA SAENZ MACIEL en su primera Navidad.

—Pasen adelante los buenos amigos, que es gloria de todos este Portalito.

María:

—Miren lo que quieran; mi-

ren y verán la Flor de la Gracia que ha nacido ya. Miren lo que quieran, pero sin tocar.

—¿Tantas figuritas, de dónde salieron?

—Del vientre panzudo del cajón de cuero —lero, lero, cajón de cuero, la vaca llora por su ternero— que entre telarañas guarda el año entero Anselmita Pérez bajo su ropero.

—¿Hola, Antón, Antón Pirulero, qué hace su mercé con ese borrego?

Antón:

—Al Niño que tiene como dos violetas los pies ternezuelos, su lana le entrego, para que la Abuela le teja escarpines como los que lucen pies

de el frontis de los títulos hadro de Montereau, colabora el colofón— todo aquel mamotreto de palabras impresas, que para él, en ese momento, sólo significaban una fecha y el nombre de un impresor famoso.

Una vez le vi en su paseo preferido, visitando los librerías de viejo de los muelles del Sena. Preferí no hablarle para poder observar, un poco de lejos, sus gestos y sus andanzas.

Brillaba un día claro y agradable de la primavera en las últimas horas de la tarde. En el fondo de la derecha, Nuestra Señora asomaba sus torres oscuras en su solidez de siglos, pero claras en sus perfiles. Al frente, el palacio del Louvre y el Jardín de las Tullerías perfilaban también la claridad de sus líneas en la plena luz de la nueva estación. Los árboles de los muelles de Voltaire y de Malaquais, habían ya cubierto sus ramas con los primeros espesores de follaje.

Gabriel Michel, nervioso y sagaz, estudiaba los libros de una venta y luego de otra y otra más. A ratos, daba un corto reposo a su búsqueda. Miraba entonces hacia el paisaje de la orilla del río y respiraba fuertemente, dilatando en todo cuanto podía, sus

cansados pulmones de anciano. Parecía como querer afirmar la promesa —quizá presentida— de una larga vitalidad.

Al ver que se alejaba a lo largo de los muelles, no pude contener los deseos de hacerle compañía. Apresuré un poco el paso y logré alcanzarle.

—Tú por aquí —me dijo con sorpresa y tuteándome por primera vez—. ¿Sabes cuánto me han ofrecido por el Montaigne que me compraste? Agregó luego: Nada menos que tres mil francos”.

—Magnífico negocio para usted—le respondí.

—Oh no. Yo nunca compro ediciones raras por negocio—me respondió como resentido.

No sin vacilar antes un poco, me aventuré luego en esta pregunta indiscreta y torpe:

—¿Qué será de sus libros cuando usted muera? Tanto esfuerzo, tanta inquietud que se pueden perder.

—Mis libros y mis colecciones no necesitan de mí para permanecer. Tienen y tendrán siempre su propia vida y encontrarán otro Gabriel Michel que sepa conservarlos y comprenderlos. Es el destino feliz de la cultura, encontrar siempre quién la he-

rede y la haga permanente.

Seguimos caminando a lo largo del muelle de los Grandes Agustinos. Bordeamos inmediatamente después la Plaza de San Miguel, multitudinaria y densa, como un descansado obligado para quienes suben por el boulevard, hacia los jardines del Luxemburgo.

Continuando siempre por la orilla del río, llegamos a la pequeña Plaza de San Julián el Pobre. La iglesita, mutilada y como inválida, parecía ocultarse, con discreta suavidad de olvido, tras de algunos árboles. Gabriel Michel, ya fatigado, encontró en aquel pequeño jardincillo amparo para su fatiga y se sentó a descansar. Sintió quizás, en aquellos momentos, una afinidad silenciosa con el mundo antiguo que le rodeaba y luego dijo:

—Se necesita del pasado para que las cosas lleguen a su exacta plenitud.

—Por ejemplo —continuó diciendo Gabriel Michel y refiriéndose a Nuestra Señora— sabemos, es cierto, que el obispo Mauricio de Sully inició su construcción y que, más tarde, Juan de Chelles y Peron en los proyectos de los pórticos laterales. Pero, de todos aquellos que pusieron sus manos finas y evangélicas en la decoración de los tímpanos,

los dinteles, las cornisas, los maineles y en tantas otras partes, ¿sabemos acaso sus nombres? Probablemente no tuvieron la vanidad siquiera de que fueran conocidos.

—Somos tantos los que silenciosamente amamos la cultura y ayudamos a conservarla, que nadie nos vé ni nos hacemos notar. No obstante esto, le damos una armonía y una vivencia que es su mismo espíritu de perdurabilidad. Sólo el pasado es cordial para nosotros, todo el resto son debilidades.

Acompañé a Gabriel Michel hasta la calle de las Escuelas. Ahí terminó nuestro paseo de aquella tarde. Le vi luego alejarse subiendo lentamente la calle de la Montaña Santa Genoveva. Indiferente, como abstraído en un voluntario olvido de sí mismo, respondía apenas al saludo de las gentes que desde las puertas de sus casas o de sus negocios le miraban pasar. Aquella escena revelaba la mínima pero profunda intimidad de haberse repetido, a diario, durante muchos años.

Una de las más grandes alegrías en mi vida, fue el haber conocido a Gabriel Michel. Cuando su recuerdo en mi memoria, como un ejemplo imborrable de humanidad y de humanismo.



de serafines.

—Adiós, la Viudita del Conde Laurel. ¿Diga a dónde van de mañana con su batea de oro y ese gran pastel?

Viudita:

—Camino cerrero que sube y que baja entre serrín verde y peñas de "lana", camino a la aldea a ver la Posada—ale-ro caído, pesebre con paja, estrella de vidrio con cola de plata—, a llevarle al Niño pastel de manzana.

—¡Corra la Viudita con su dulce carga y démele abrazos a Abuela Santa Ana!

—¿Y este niño con alitas, quién será?

Angel de Oro:

—Angel de Oro, el Angel de Oro, arenita de la mar donde recojo las conchas de las olas que se van, para que juegue el Niño cuando se ponga a jugar.

—Vuele, vuele, el Angel de Oro con su tesoro del mar: jazmines de conchaperla, gargantillas de coral.

—Buenos días, la Pájara Pinta en las ramas del verde limón, con su pecho de miel y su cola de brillantes plumitas de sol.

Pájara Pinta:

—Buenos días, peregrinos. Ya el alba los rocíos enciende en fulgor y la estrella que lleva a los Reyes, en Belén, toda luz, se posó.

—¿Y qué hace la Pájara Pinta sentadita en su verde balcón?

Pájara Pinta:

Con el pico recojo la rama; con la rama recojo la flor; de la flor nació María; de María nació el Señor.

—Más allá del molino del molinero, ¿quién recoge ramitas de pino seco, de los pinos de estopa del verde prado?

—Chepe, Cherepe, Calzón Colorado.

—¿Chepe Cherepe, Calzón Colorado, Chepe, Cherepe, qué hiciste el ganado?

Chepe Cherepe:

—El buey y la mula se han

arrodillado y junto al pesebre echan tibio vaho; la mulita parda y el buey colorado.

—¿Y esas ramas que llenan tus brazos?

Chepe Cherepe:

—Las llevo a la posada del Carpintero para que el buen anciano las eche al fuego... Que no tienen, los pobres, ni una candela que alumbré a Mariquita mientras se peina.

—Vamos a saber quién es ese calvito ermitaño que reza al pie de la encina puestas al cielo las manos.

San Selerín:

—San Selerín me llaman, de la buena, buena fin.

—San Selerín, San Selerín

# Consejo Nacional de Producción

Departamento Estabilización de Precios

OFRECE

**Afrecho de trigo en cualquier cantidad a veinte colones el quintal sin saco**

**Puesto en la Planta Silos de San José (HARINERA)**

Consejo Nacional de Producción

San José, Noviembre de 1958



# Los Pasos de la Vecina

(Diario de un patio de vecindad)

Por Arturo Echeverría Loria

He llegado a la noche sin haber salido de mi cuarto. Hace frío. Estamos en navidad. Por muchos días no he recibido carta de mi casa. Diciembre es un mes en que la alegría se contagia con el viento y el frío que sopla. Las gentes del patio de vecindad perparan "las posadas". Los bailes y los rezos al niño Dios. Hay en toda esta fiesta de procesiones y cantos, de bailes y alegría, una reminiscencia de la Colonia. Es en estos

franciscano, ¿qué escucha su reverencia tan en sueño extasiado?

San Selerin:

Hace mil años, a un pájaro, que vino a cantar, divino, entre las ramas del árbol.

—Con razón tiene las barbas como los montes nevados de las montañas tranquilas que suben siglos a lo alto.

—¡Miren a la Panadera, ay dios, dándole nalgadas a Chico Soró!

—¿Pan quemado, quién lo quemó?

Panadera:

—El pata caliente de Chico Soró, que a la puerta del horno me lo quemó.

—¿No han visto a la Negrita que wande maná?

Negrita:

—Maní, cacao maní... Pasé por la Posada y a todos les di. La Virgen lavaba; tendía San Joaquín; a dormir al Niño ba-

patios de vecindad, donde se conserva toda la tradición de "las posadas". Se pide posada y se abren las puertas sin ver quién es el que a la puerta llama. No conozco a las gentes del patio de vecindad. En todo el tiempo que he vivido entre las paredes de mi cuarto, he hecho muy pocas amistades. Más bien podría decir que ninguna. Pero todas las puertas se abren en estos días de diciembre. Las comadres conversan y los chiquillos gri-

jó un serafín... y yo, callandito, dos besos cogí de la su boquita clavel de carmín.

—¿Y ese que viene cantando, el del sombrero amarillo, y atraviesa por el puente que pusieron sobre el río de espejos y arena?

—¡Es Chinto! ¡Chinto Pinto Gorgorinto!

—¡Chinto Pinto, Gorgorinto, saca la Vaca del Veinticinco!

Chinto Pinto:

—Ni a aijada, ni a sogá la pueden sacar, que es la noche negra metida en el mar.

—¡Miren allá al Turco de la Gran Turquía, al hombro su caja de quincallería!

Turco:

—Comprarme, señora, peineta barata y salir a misa bien endomingada. Mira, la señora, te la da barata: medio real y medio; te son regaladas.

—¿De quién son las bodas que vemos allá? ¡Dinos, Pa-

tan. Las obreritas salen a su trabajo jugando con el aire y con las notas de la canción de moda. Todo el patio se exalta de nuevo entre los gritos y los pregones. La ropa tendida en las azoteas hace señas y signos que se lleva el viento. Solo una puerta permanece cerrada. Hace muchos días que está cerrada. No ha vuelto a oír los pasos de la vecina. Los únicos pasos amigos. No me atormentan más. Los oigo y me alegran. Pareciera que en

jarito, quién se casará?

Pajarito:

—Mañana domingo por la mañanita me caso feliz con mi Pajarita.

—Tengan lindas bodas Benito y Benita, y en la enredadera ponga su casita. ¿Quién es la madrina?

Pajarito:

—Doña Catalina.

—¿Quién es el padrino?

Pajarito:

—Don Juan del Camino.

—¿Quién para la fiesta les hará pastel?

Pajarito:

—Inés, Inés, Inesita, Inés, la buena viejecita de los pies al revés.

—Con toda reverencia vamos ya a la Posada por este senderillo que sube a la montaña.

—Sí, señor; Sí, señor, que ya está cantando el Gallo del sol: alto altanero, gran caba-

ellos viene una esperanza enredada, una ilusión que me impulsa a escribir, a soñar, a vivir en la pobreza lleno de pequeños ideales, que cada día con sus noches oscuras y solas, me dan vigor para seguir adelante. No sé qué ha sucedido pero desde hace días llegan las seis de la tarde sin los pasos sobre el empedrado. De la Iglesia vecina las campanas se oyen muy claramente jugar con el viento. Esa torre de la iglesia tiene las campanas guardadas bajo su sombra, pero a las seis de la tarde las saca a que vean caer al día que pliega sus alas sobre todas las azoteas y todos los campanarios de la ciudad. Me imagino que en tantos años de asomarse desde las torres al cielo, las campanas han perdido su amor al paisaje. Están cansadas de las diversas manos que las conducen a la música y las agitan en la altura. Cada vez, su toque es más apagado. Y siempre espero con sorpresa, que cansadas de la muerte de la

liero, manto de grana y espuela de acero.

—Hemos llegado a tiempo; ya están todos aquí: los Pastores, los Reyes, Santa Ana y San Joaquín.

—San José, la Virgen, el Niño chiquito y el buey y la mula, vinieron de Quito.

—San Joaquín, los Reyes de Oriente y Santa Ana, ¿de dónde vinieron?

—¡Pues de Guatemala!

—¿Y esas pastoras de barro, aldeanas de gran empaque, cada una con su pastor hermosote como un jaque?

—Esas las trajo mi tío de San Pedro Tlaquepaque.

Y este es Portal que don Chico Pérez ponía en su gran sala diciembre a diciembre.

—Antes daban chicha...

—Ahora no la dan.

—¡Achará don Chico!...

—¡Y achará el Portal!...



# La Araucaria de Don Mauro

Por Rómulo Tovar

Hay en el patio de la vieja casa de don Mauro una araucaria sembrada. Todavía vivía el dueño de la casa cuando fue puesto allí el pequeño árbol exótico.

Supongo que fue obsequio de un amigo, tal vez, mejor, de un discípulo suyo. Hemos visto este arbolillo cuando comenzó a crecer: lo hemos visto en su infancia, en su adolescencia; tal vez ya no en su juventud. Ese árbol extraño ha presidido, en cierta manera, la vida íntima de la familia: a su alrededor han pasado, en la constante actividad del día, todos cuantos formaban la familia de don Mauro, por muchos años. También la biblioteca de don Mauro miraba hacia el patio: abría sus grandes ventanas, casi majestuosas, amigas del aire y de la luz. Por esas ventanas, ese noble hombre ha lanzado una y otra mirada hacia el árbol que va creciendo. Después va

a comenzar la tragedia de la vida. Primero se irá un hijo. Otro día se irá don Mauro. Hay un precioso cuento japonés, recogido por Lafcadio Hearn, en que un hombre de un alma profundamente generosa, ofrece su espíritu para vivificar un árbol, un cerezo japonés que va agotándose por falta de sustancia. El cerezo seguirá floreciendo cada año, en una belleza que corresponde a la excelencia del sacrificio hecho en su favor. Don Mauro, que siempre se dio a todo interés alto con un perfecto desprendimiento y con un superior concepto del sacrificio, no ha dado su grande espíritu para vigorizar el árbol que preside la vida del hogar como una preciosa divinidad? Ya la casa ha quedado solitaria: ya no se oyen los cantos y las risas de las niñas; ya no vuelan hacia el cielo las plegarias de las mujeres piadosas; ya no se amparan a su sombra los hijos. El árbol

se va quedando solo, cada vez más solo, y sin embargo sigue creciendo. El sigue representando la vida de la vieja casa de don Mauro. Va creciendo, se va convirtiendo en grande árbol: ahora asoma sobre el techo de la casa; más tarde un primer círculo de ramas se balancea sobre las tejas de la casa abandonada; años después aparece un segundo círculo, un tercer círculo: el árbol no se detiene en su crecer fatal e inevitable. Díganos: pasa de su adolescencia, se hace joven, alcanza la edad de la madurez, comienza a envejecer. ¿Cuántos años tiene este árbol? ¿Cuántos años va a madurar más?, allí está en medio de las ruinas de la casa de don Mauro, todavía fuerte, todavía en pie, todavía con un brote en la cumbre, renovándose perpetuamente.

La casa ya nada tiene de la antigua majestad de la casa que habitó don Mauro, el

Maestro: todo va desapareciendo en ella: las baldosas de los amplios corredores, sus maderas de las puertas y ventanas; aun las paredes. Pero la araucaria continúa representando el antiguo ritmo del hogar desaparecido. El viento canta en sus ramas circulares; los pájaros, que vienen de las montañas indígenas, allí se detienen un instante antes de emprender el vuelo en una gloriosa emigración hacia selvas desconocidas. Desde que don Mauro se ha ido hasta ahora, el mundo de la ciudad se ha transformado poco a poco: es más grande, es más expresivo, es más representativo. El árbol es el testigo de todo. También conforme a los deseos profundos de don Mauro, la República ha ganado en sentido: sirve bien a la libertad, sirve a la justicia, sirve al bien de todos. El árbol acaso no sea indiferente a nada de esto. Ahora ya es un grande y completo hombre. Mientras la araucaria exista vigilante, severa, majestuosa, ella seguirá pareciendo como una divinidad que guarda los tesoros de una vida eximia, para advertencia de todos los que miran el brote de su más elevado extremo.



tristeza en su última hora, locamente se quedan vibrando en el aire como agitadas por la ira, hasta derrumbarse la torre de la iglesia entre el estruendo y los gritos del bronce que ha dado su música a todos los oídos del barrio por años, en el tiempo que parece no tener fin.

Parece ilógico que estas cosas molesten. Pero en la noche el cuarto oscuro se llena de todo lo que el día con su mano blanca va arrojando bajo la puerta. Sonidos, pasos, gritos y música y aún colores. Esto es lo que sucede. Un trabajador pasa sobre ellos sin darles importancia. Los ve y no los toma en cuenta. Pero

yo, que vivo de vagabundear y de pensar en esas pequeñas cosas, las hago mías, construyo mi mundo en ellas y las quiero como a mí mismo. Esa es la diferencia que existe entre el observador de las sensaciones y los objetos y el que vive en ellos y no los ve. El recuerdo de la amante viene muy a menudo a mezclarse con los pasos de la vecina y con la torre y las campanas. Un pregón que hiere el silencio de mi cuarto despierta las sensaciones dormidas y aparecen sus grandes ojos negros y su sonrisa y su cuerpo deseado y lejano. En este momento, mis ojos buscan en la pared agrietada un río a donde hace muchos años me ha-

ñé. Era un río que se parece mucho a la grieta en la pared de mi cuarto.

Pero todo está lejano y presente. Nada puede impedir que me levante y arranque el imaginario río en la pared de mi cuarto. Es diciembre y frío. Suena el silbato del cartero, y mi nombre. Vuelvo a la realidad. Una carta de mi madre. No quiero abrirla. Pesa como una piedra entre las manos. Es el cariño y el tormento que encierran todas sus palabras. Siempre me pregunta por qué escribo cosas tan tristes. Que le hago falta. Que vuelva a su lado. Es mi madre y no comprende que en el aprendizaje de la pobreza, la

tristeza y la soledad van modelando el alma y endureciéndola. Pero que en las noches hay llantos, que como los ríos subterráneos no florecen en los ojos pero van minando el cuerpo, y el espíritu se vuelve como un niño al rincón del alma para poder dormir en el olvido. Pero el cariño madura como una fruta bajo el sol y se hace más profundo, aunque menos expresivo. Por eso en cada una de las cartas que recibo y las que yo le escribo hay tristeza, tal vez mi gran amor lo encubre la distancia y la dureza del papel que recibe las palabras. Pero en sí, es un amor profundo. Un cariño de limitada grandeza.



# Fragmentos de "Mi Pajarera"

Por Reinaldo Soto Esquivel

## LA GARZA BLANCA

Hay una inquietud de soledades sobre el manglar que florece. La marea que sube, va adentrándose como caricia fresca en el bochorno de los esteros. El chapotear del agua sobre sarmentosas ñangas, desaloja de su guarida caracoles y jaibas. En el troncal, bostezan su pereza los Buchones y se sienten idílicos susurros de Gaviota.

Entre el paisaje gris resalta la eucarística blancura de la Garza, mientras el cazador de imágenes cree haber encontrado la suavísima mota para la más delicada Emperatriz.

Admirando su vuelo de silencio y pereza, el batir de sus alas se nos antoja el "Adiós" cariñoso de finos pañuelos de blanquísimo lino, agitados por manos de afecto; posadas sobre el manglar, pienso que Dios hizo el milagro de florecer en la arboleda albisimas azucenas; coqueando sobre el espejo del pié-lago dormido, vuelve a caer sobre el fango como una flor de loto y cuando no pasea su elegancia, permanece pensadora y silente, descansando en una pata en atisbo de caza, para lo que alarga de cuando en cuando el signo de interrogación de su fino y delicado cuello.

Desde la lejanía, en el rielar lar de un sol que desparrama polvo de oro sobre el mar azul en suave contraste de sutil policromía, la Garza pone su pincelada blanca en la

quietud tardera y al apoyarse en sus largas patas sobre un fondo de verdura o en el pantano ilimitado, semeja copos de algodón o de nieve puestos con descuido sobre la punta de dos finas varillitas brillantes.

Más tarde, con la brisa se levanta la bandada, desde el légamo, como un reguero de pétalos, porque, aseadas y limpias, semejan espíritus evolucionados, selectos y altivos, que juegan sobre precario limo, sin manchar siquiera las puntas de sus alas de blancura impecable.

## EL GAVILAN

Un zorrito con alas, cuyos acerados garfios siembran el terror y ponen una inquietud en los hijos de mamá clueca.

## EL COLIBRI

Tiene su parentesco muy cercano con las flores; por lo menos debe ser su primo hermano.

¿Será por afinidad o por el continuo roce con ellas, que ha llegado a parecerseles tanto?

Cuando suelo encontrarlo, envuelto en el oro de la mañana o en el misterio de los crepúsculos violetas, en un largo y silencioso beso sobre los frescos labios de las clavellinas, pienso en las leyendas de amor y de tragedia: pudiera ser que un día el

Buen Dios, celoso, quisiera destrozarse el idilio, y adaptándole finas alas de milagro, lo lanzara al espacio donde se agita con la nerviosidad de un vibro-eléctrico.

Artista consumado y gran vividor, maneja maravillosamente el pincel con que retoca la policromía de las corolas, y cobra su trabajo por adelantado vaciando los cálices llenos de mieles que embriagan. Al acercarse sediento a la perfumada flor, hace salir por la fina aguja de su pico el agudo chillido de un frenazo, e inmediatamente echa marcha atrás, en un parpadeo de llamita que se quiere apagar; es el único personaje alado en quien observamos el raro privilegio de volar hacia atrás.

Nada más elegante que sus hermosos bronce verde-dorados, en delicado contraste con los colores vivos de los claveles besando el suelo, o con el oro pálido del girasol, ebrio de luz, borracho de altura...!

Cuando vuela rápido, nervioso, cual si se defendiera de enemigos invisibles, pienso que se ha desprendido la borla de seda del puño de una sombrilla aristocrática, o que el viento está despegando filigranas del biombo artístico, o de una graciosa laca china.

## EL SOTERRE

Poseído de un nerviosismo extraordinario, no se da un minuto de reposo; pareciera

haber descubierto las leyes del movimiento continuo. Y a veces creo que hasta dormido salta y canta.

Su tamaño minúsculo no rima con la música que su garganta emite, pues parece dotado de una fuerza sobrenatural para gritar desahogada y continuamente. El motivo más insignificante, una ramita seca que cruje y se quiebra, una ráfaga que pasa silbando entre las banderolas del cañaveral u otro pájaro que zigzaguea en la fronda, son para él felices oportunidades para meter ruido.

Fabrica su nido bajo el alero mismo de nuestra casona rústica, ya sea en el fondo de un viejo cacharro cualquiera, o en un zapato inútil colocado adrede.

Sobre el tejado va dando saltitos tras las arañas que caza para llevar a sus polluelos ocultos en el cañón del viejo y carcomido bambú, saliendo luego a pregonar su hazaña, en un cantar alegre, cual si en el saquito de su pequeño buche las manos de un artista estuvieran revolviendo los vidrios rotos de finas botellitas de cristal.

Debe ser un "pájaro de cuenta", porque en todas partes se hace llamar de distinto modo. Aquí le decimos Soterré; más allá Curruchiche, y en el campo, esta mañana saturada de los azahares que reventaron bajo el cariñoso beso del primer aguacero, el pequeño escolar me ha llamado para escuchar el canto de su maravilloso Chinchirigüí, que pude identificar con la misma y alegre castañuela alada de nuestro cuento.

## EL CACIQUE VERANERO

Aire manso y cálido...

Se vistió de sol, y se llenó de calor; para aplacar su sed tomó el jugo de una naranja que ha ido vaciando poco a poco. Mientras su cabeza se oculta a medias y picotea dentro del cascarón, la fantasía me señala a un bello pájaro con sombrero amarillo.



## LA TORTOLA

Nerviosas, picoteando en el patio, mueven su cabecita rítmicamente, mientras de la madeja de mis recuerdos se va desarrollando la seda del consejo de la cariñosa abuela: "No les hagas daño alguno porque son las gallinitas de María Santísima", y mi devoción de chiquillo las sigue en su andar enano y silencioso, casi espiritual, sostenidas por sus patitas nacaradas en tierno contraste con el plumaje plumizo atornasolado de su capucha.

Mañana y tarde escucho el arrurrú de su canto que se desprende como una queja desde el follaje oloroso a azahares de limonero, donde anida de preferencia, quizá buscando para sus polluelos la natural defensa de las púas.

Su canto, una lamentación, un lloriqueo mortificante, acongoja el ánimo cuando enferma el niño o el adulto,

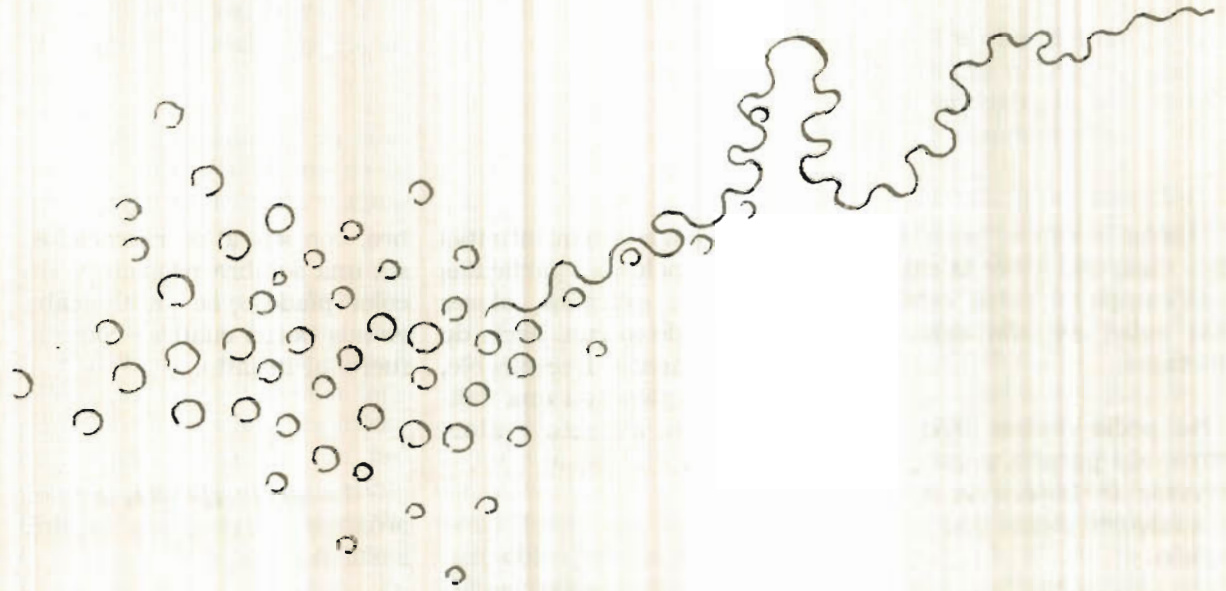
pues la conseja fantasiosa de viejillas agoreras ha convertido su melancólico arrurrú, en un escalofriante "vamonós, vamonós". Esta tarde, escapando al acecho del gato cazador, medrosas volaron hasta el calor de su nido, y al compás argentado de los bronces del viejo campanario,

estoy escuchando su arrullo de gran pesadumbre.

## EL PAJARO BOBO

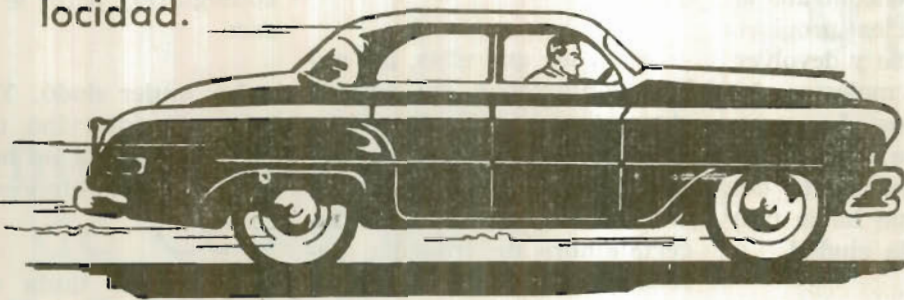
Jut... Jut... He aquí al melancólico cantor enamorado de los ocasos tristes. Jut... Jut... Oíd cómo marca con voz

de profundo bajo, la estridencia monocorde de las cigarras. Laborioso ingeniero civil, planta su tienda en socavones horadados en el paredón cubierto de trepadoras y verdeguantes helechos, y vestido con pequeñas plumas robadas al pavo real, se oculta en su túnel para insultarlo.



## Correr mucho no es saber manejar...

Por lo contrario, generalmente son los principiantes los que abusan de la velocidad.



*Los excesos de velocidad causan accidentes fatales.*

Los que saben manejar jamás se extralimitan.

Sea usted un buen conductor.

*En un segundo*



*se llega al hospital*

DEPARTAMENTO  
DE PREVENCIÓN  
DE RIESGOS



**Instituto Nacional de Seguros**



# Valle Alto

Por Yolanda Oreamuno

Hacia muchos, pero muchos días, que sobre la ciudad y el campo se había establecido aquel extraño calor inquietante.

No podía decirse más que estaba ahí parado, y que para moverse le faltara la ayuda de cualquier viento que jamás llegaba.

Las cosas hasta habían cambiado de color. Nunca, en tiempo fresco, estorba el amarillo, hiera el rojo, o conforta el verde. Existen, eso es todo. Pero ahora, el amarillo, seco y polvoso, lleno de calientes esquinas ocre, parecía intensificar los rayos, ya de por sí excesivos, del tórrido sol. La vibración tremenda que danzaba en el aire, encontraba en el rojo superficies propicias para multiplicarse y devolver, más crueles y molestos, los movibles reflejos. La gente buscaba el verde como un refugio, y se daba cuenta con extrañeza, de que había muy poco verde en la ciudad.

Porque el sol, por un fenómeno quizás de la estación, o quizás producto del tormento que infligía, pegaba de plano, todo el día en el cenit, todo el día medio a medio de la calle, todo el día buscando la cara vertical de los objetos para caer paralelo a ella, sin piedad, hasta que se hundía ya tarde, cuando se habían perdido todas las esperanzas, entre un halo rojo y una humareda que hasta le quitaba su inalterable forma circular.

El aire, —pero, ¿para qué hablar del aire?— no existía. A las moléculas que lo cons-

tituyen se agregaban infinitas de polvo, pelusas, partículas de materias extrañas, olores intensos, todo lo cual hacía de él un elemento irrespirable, casi sólido, pleno de una calidad húmeda, caliente y atormentadora.

Las nubes de aquel cielo siempre alto habían caído preñadas en racimos sobre la ciudad, y se temía y deseaba el momento en que se desgranaran en lluvia y tempestad. Era tan oprimente la sensación de su proximidad que aterrorizaban ahí arriba, panzonas, apretadas, blanco luminosas en el centro con violentos perfiles grises, y casi era preferible a su caída, la prolongación del angustioso momento de calor.

Podía ser que ellas, las nubes, contagiadas del tórrido clima, llovieran lluvia caliente, o se alejaran impulsadas por algún viento quemante, todo lo cual, en su horrible incertidumbre de tragedia, parecía peor que la agobiadora existencia del calor. Por momentos cubrían el sol, sin obstaculizar la castigadora temperatura, y entonces todas las cosas tomaban un dramático gris.

Sobre la gente pesaban la tempestad, el colorido y la tragedia, trayendo a sus espíritus una sensación de irresponsabilidad por lo que hubiera de ocurrir, y a sus cuerpos una vida palpitante de intensidad similar a una agonía. Era horrible, era morboso y era sublime.

La Avenida 2 de Noviem-

bre, con sus altos rascacielos, sin una sombra propicia y sin color piadoso, se multiplicaba en sus pocas cuadras como si fuera al infinito.

\* \* \*

—Lo siento güerita, pero el próximo servicio no saldrá hasta las seis.

—Y con cuatro horas de viaje, eso significa llegar a las diez de la noche—. No puede ser—dijo la mujer.

Se quedó pensando.

—No habría otra forma de arreglarlo?

—No sé, güerita, sólo que se alquile un coche. Yo puedo conseguirlo, pero le costará caro.

La mujer dudó. Y en ese momento intervino un hombre a quien ella no había visto, y a quien entonces tampoco vió.

—Yo llevo tanta urgencia como Ud. Si no tiene inconveniente lo tomaremos los dos.

Ella sólo pensó en su prisa.

—Está bien.

\* \* \*

El hombre, cuya cara no había visto, se sentó adelante con el chofer. Ambos hablaban de esas cosas secas que los hombres hablan cuando hay entre ellos la presencia de una mujer. El le preguntaba sobre la tierra, el maguey, los indios, con una avidez de escuchar que no concordaba con la ignorancia crasa del chofer; pero el hombre parecía

interesado, nó en la información dudosamente exacta del otro, sino en la pintoresca forma de su expresión, en su delicioso acento mexicano, en la mezcla de superstición y leyenda con que explicaba las cosas.

La tierra, era para ella bien diferente de las informaciones del chofer. Por lo menos lo era hoy. Esa tierra parda del alto valle, que conservaba la huella de haber sido lamida, en edades lejanas, por algo suave y tembloroso como el mar. Los pequeños cerros acumulados, parecían haber sido contruidos con pereza por unos dedos indolentes, que luego de hacerlos, como acariciándolos, les habían quitado todas las asperezas hasta dejarlos lisos, redonditos y apelmasados. Y también casi sin vegetación. Tal vez porque el sabor salado del agua estaba en ellos todavía presente y la dulce sabia de las plantas no encontraba alimento. Uno se parecía al otro. Esa extraña suavidad de contornos, sólo la podían tener de haber estado por milenios bajo un agua, que lentamente, se había secado dejándolos aflorar niños y tiernos a un mundo de tormenta en el que las altísimas cadenas de montañas, mayores que ellos en edad, arrugadas por el tiempo, desnudas en roca por el alto clima, los miraban desde el blanco agosto de sus cumbres con cierto desdén. Esos cerros del alto valle, lucían extrañamente desnudos e infantiles en comparación con los violentos picos nevados del Popocatepetl y el Ixtatzihuatl.

Y hoy, bajo el sol furioso, todavía parecían más carne de la tierra, más hueco de axila, más curva de cadera, más redondez de muslo, más cuerpo blando de la dura, geográfica armazón.

La mujer pensaba que había aumentado el calor mirarlos, de cuando en cuando alterados por una casita de barro —cuadrada, sin pintura ni ventanas— o por el erizamiento geométrico de un magueyal.

\* \* \*

Todos en el coche se asfixiaban. El escaso aire sólo servía



para levantar el polvo de la carretera y arrollarlo adentro en bocanadas.

El hombre se había quitado el saco y tirado hacia atrás el cuello de la camisa.—Ella, abrumada por el monótono paisaje, lentamente, con la lentitud minuciosa con que todas las cosas se hacían esos días, dibujó una parábola con la mirada desde el blanco horizonte de las cumbres, los lomos maguados de los cerros, la curva interminable del camino, el techo del automóvil, y luego, el cuello del hombre. Y allí los ojos se quedaron. Y junto a ellos cayó el juicio primero, la observación luego y la sensación después.

El juicio dijo: "Es un cuello fuerte". Y eso fue todo.

La observación dijo: "Debajo de esa piel gruesa, de color moreno, un poco rojo, se mueven fuertes tendones y juegan fieros músculos. La impresión de fuerza no la da, ciertamente, el tamaño de ese cuello, casi algo corto, sino su

rectitud, su dureza, su obediencia elástica a los movimientos de la cabeza o los hombros, su anchura cortada paralela con la base de las orejas, la sangre rica que se mira correr bajo la piel".

Y la emoción dijo: "Ha de tener una dureza consoladora ese cuello al tacto—. Ha de ser estupendo sentir bajo los dedos la tensión de los músculos jugar escurridiza. Y la piel estará reacia, joven, tibia".

Y entonces, cuando ya la emoción estaba al borde de la aventura, advino el razonamiento:

"¿Pero es que yo también me he de dejar dominar por la embriaguez de este clima? ¿Pero es que yo también tengo como todos ahora la mirada abierta y detenida en las cosas? Las gentes andan exhibiendo un indecoroso deseo de desnudez, tienen el cuerpo tenso, el alma dormida, la sensibilidad abierta ¿Pero es que yo también? ¿Por qué he

de pensar en un cuello cuya cara ni siquiera he visto? Por qué me ha de importar una voz inquisitiva que pregunta insistente cosas que no le interesan, por recoger, no la respuesta, sino el canto de la palabra y los resortes emocionales que la mueven?".


Al desviar voluntaria y dolorosamente la mirada del cuello, el hombre se movió, y él, también con la lentitud con que se hacían esos días las cosas, como si costara recia lucha moverse, alzó un brazo y lo colocó sobre el respaldo del asiento. La mirada de ella, que no se había logrado ir del todo, cayó pesada y rendida sobre el brazo.

Estaba desnudo hasta más arriba del codo. Era leñoso, ancho; mucho más blanco que el cuello, y desde allí un vello turbulento lo cubría en todas sus caras. Más vital ahí la sangre, parecía no correr en un tejido de venillas como en el cuello, sino derramarse en fervorosos cauces azules hasta la mano, donde afloraba, levantan-

tando la piel, haciéndola palpitante, y donde, con un intenso aleteo íntimo, profundo vibraba toda la tensión del hombre que dejaba caer aquella mano en apariencia quieta, en apariencia inerte, pero habitada por una vida feroz. Hasta allí, en invasión incontenible llegaba el vello espeso y se agrupaba arbitrariamente en el tejido, ya sin ley ninguna.

La emoción del día, a la que le costaba no entregarse voluntariamente, la arrastró rotos los razonamientos:

"¿Mano para acariciar, o para golpear? ¿Para realizar un recorrido cariñoso, o para detenerse ofensiva? ¿Mano para empuñar un hacha o para abrir un libro?" No lo sabía. La mano ahí posada no ofrecía en sí misma expresión intelectual. Sólo la animaba salvaje vitalidad. El brazo no tenía el músculo hecho en ejercicio, que es corto, acusado, sino el natural que existe por derecho propio y que se manifiesta sólo cuando va a



1958

1959

Los diez mil empleados de la Compañía  
Bananera de Costa Rica  
desean a ustedes

*Muy Feliz Navidad*

*y un Venturoso Año Nuevo*

El trabajo proporciona riqueza...

La riqueza y la capacidad productiva son  
la base del bienestar. El bienestar es re-  
quisito indispensable para la felicidad.



ser usado en algo. Y si alguna violencia todavía lo hacía manifestarse, el vello estaba ahí para redondearlo cuando reposaba y para disfrazarlo cuando entraba en acción. Sólo ignorando la oscura cortina, se podía dar cuenta la mirada de la tremenda pujanza de golpe y de la enorme elasticidad de abrazo que en esos músculos había.

Después de haber visto el cuello, de haber sentido el brazo, ya ella, presa del relajamiento horrendo del día, quería presentirlo y saberlo todo. Con una urgencia extraña necesitaba mirar la cara del hombre, oír su voz dirigiéndose a ella, y se sentía capaz de hablarle para lograrlo. Pero todavía una fugaz conciencia la hizo detener. Con un esfuerzo largamente madurado quitó la mirada del brazo, quitó la ansiedad del hombre y trató de concentrarse en otras cosas.

Las colinas desnudas seguían pasando. De cuando en cuando un pueblo, que no tenía de pueblo más que el agrupamiento de cubiles de barro, pasaba a la velocidad, siempre y todo castigado por el sol.

Los indios eran hombres de barro, hechos del mismo material que sus chozas, sin color, sin ventanas, porque ni sus ojos daban sensación de luz y toda la expresión tenía el hermetismo tétrico de su vivienda. Estas de barro endurecido, ellos de barro endurecido también, un poco más oscuros, un poco más móviles e igualmente estáticos. La tarde roja caía con dificultad y las nubes cargadas, ahí en el declive final del alto valle, estaban, si es posible, más cerca de la tierra. Ahora, al infinito martirio del calor, se agregaba el tormento del polvo y los secretos ruidos del campo, tan persistentes, que se hacían audibles a pesar del zumbido del motor.

Ella no había hablado. ¿Para qué lo iba a hacer? Estaba sola, en un camino desconocido, con dos hombres desconocidos también. Y por primera vez se dió cuenta al pensarlo de que había precipitado una resolución loca sin madurarla.

¿Cómo era posible que en este México extraño, sin temor de ninguna especie, ella se hubiera arriesgado a un viaje de cuatro horas por un camino solitario, con dos hombres de los cuales uno era un indio adulterado por la ciudad y otro tan extranjero como ella, a juzgar por su acento y su voraz deseo de preguntar. ¿Cómo era posible? Sólo la inaudita irresponsabilidad de estos días, el relajamiento de la voluntad y el raciocinio que producía el calor, podían haberla puesto allí, a cientos de kilómetros de la ciudad, en un coche que devoraba distancias por un camino que podía llevar a cualquier parte. Ella, la que lo había hecho, no lo comprendía.

Súbitamente, también presa de la volubilidad que todo lo marcaba, huyeron sus temores y se sintió rendida, casi contenta de dejarse llevar, mientras un pensamiento fútil la preocupaba: "¿Cómo se regarán estas tierras pardas, dónde beben agua estos hombres silenciosos, cuándo va a llover y por dónde corre el agua de las lluvias?"— El calor, con la agonía de la tarde no se había aplacado, y de verdad agonía, crecía en angustia, en intensidad, en intermitencia y bañaba las cosas, los flacos ganados, el aire, los pocos árboles desnudos y a ellos en el automóvil. Herido el sol, se desangraba en el caso.

\* \* \*

Se dió entonces cuenta de su cuerpo.—Todo en él palpitaba. No sabía por qué.—Sentía el recorrido de su propia sangre, la vibración febril de sus sienes, el aletear de su nariz; sintió que tenía abierta la boca y que aunque quisiera, no podría quitar de ésta ese gesto anhelante; sintió que transpiraba toda y pasó las manos por la ropa tratando de secarlas. El contacto de sus piernas calientes la molestó. Puso las manos en el asiento. Dejó caer la cabeza hacia atrás y contra su voluntad, oyó el jadear de su propia respiración y presumió que un aire volcánico entraba en los pulmones haciéndola asfixiar. Y sin embargo, esta asfixia lenta no le producía angustia, lo que le daba era la sensación de transmutarse, de no ser ella, de irse poco a po-

co de su conciencia y entregarse ya sin combates al calor, a la irresponsabilidad y a la locura.

El hombre había dejado de hablar. Ella, casi tendida, no podía verlo. Todo ya, a esta hora postrera, había dejado de ser o de importarle.

Un quejido exhausto del motor la hizo erguirse. El hombre también estaba rígido y miraba hacia el frente. El chofer hizo parar la máquina, clavó su coche a la derecha de la carretera, y con la calma fría del indio se bajó sin decir nada. El hombre se bajó también.

Ella tuvo ahora más miedo. ¿Se irían a quedar aquí parados, con la noche encima a muchos kilómetros del pueblo más cercano sin cómo partir? Pero este miedo, en la fugacidad de todas sus emociones de hoy, se fue prendido de un interés, por el cual, ya todo no importaba nada. El hombre estaba de pie, a través del cristal frente a ella, y ella, por fin, podía mirarlo.

No habría encontrado en su mente, para definirlo, las palabras que usó para su cuello, o para su brazo. Pero por aquellas facciones hondamente viriles, corría la rica savia que animaba el cuello, y en las sienes, como entre las cejas, los mismos fervorosos cauces azules conducían la tensión evidente del hombre. Había por segundos en su mirada castaña una fiera expresión de dominio, y también pasaba fugaz un rendido cansancio. Sólo a un cuello tan movable, tan obediente, tan recio, podía corresponder el decidido corte de sus facciones, la volubilidad de su sonrisa hecha para no fijar en nada, y la tenaz comisura de su boca hecha para retener una honda y madura tristeza. Sólo una mano como la suya podía ser hecho completo con la frente moldeada a hueso puro, con las duras cejas, con la incisiva barbilla, con la fuerte mandíbula. Era muy alto, muy combado el pecho, muy ancha la espalda y todo él, como un poco cansado.

Indudablemente no se habían hablado antes, porque a pesar que ella había escucha-

do todo el viaje su charla con el chofer, la voz le sonó nueva, como recién nacida, cuando se acercó a la ventanilla del coche y le dijo:

—Señora, siento mucho que esto sea imposible de arreglar. El indio se niega a abandonar su coche porque insiste que mañana, temprano, pasará por aquí un chofer amigo y le traerá lo que necesita para arreglarlo. Quedan dos caminos: arriesgar seguir hasta el próximo pueblo, o pasar la noche aquí con el indio. Ud. dirá.

—¿Pero no hay manera de hacerlo ir a él?

—Es inútil tratar de vencer a un indio, que, acostumbrado tal vez a robar, teme que le roben. Ud. dice si le pego o lo mato.

La oferta, en su cálida voz ahora sin inflexiones, parecía una enunciación simple de la que ella decidiría. Tan tranquilo hablaba, tan renuente a discusiones, consejos o enmiendas, que estuvo segura de que sólo quedaba para el indio el golpe o la muerte. Miró los brazos del hombre—capaces de matar— su expresión quieta, que sólo esperaba una indicación de ella para realizar lo que ofreciera, y de antemano rendida, clavó los ojos en los de él y dijo:

—Caminaré con Ud.

Y juntos, en la noche que empezaba, echaron a andar.

\* \* \*

¿Qué natural le parecía, bajo el cobijo ardiente del calor, ir por un camino raro con un hombre cuyo nombre ignoraba!

Y cuando él habló, no fue para alejar, sino para encarar violentamente, pero como un hecho lógico, la rara situación.

—Cuando la encontré en la Estación de 2 de Noviembre, pensé que era más alta, y pensé también que sería grato tenerle como ahora la tengo, a mi lado.

No había atrevimiento en su voz, no había agresión en



su gesto, no había premeditación en su actitud. Tomaba los hechos donde estaban, y de ahí partía como si de siempre hubieran tenido que ser así, y como si ella, lo mismo que él, sólo hubieran esperado que ocurrieran.

Y ella, que siempre se había juzgado severamente a sí misma, no tuvo ningún reproche que hacerse cuando le contestó con la espontaneidad que él imponía:

—Yo tuve todo el viaje de deseo de ver su cara.

El hombre oyó la contestación sin alterarse, se volvió sonriendo, como se sonríe a una persona amada a quien ya se ha tenido entre los brazos, y sin insistir, señaló con los ojos castaños el campo, la carretera y las cumbres, mientras decía:

—Siempre parecí esperar un hecho inusitado que me pusiera por un momento al menos, frente a esta naturaleza abiertamente hostil. Las cumbres de los volcanes, no quieren avenirse con este extraño valle, se ve que están reñidas desde siglos, y aún se ve que los cerros quieren crecer a cumbre y las montañas se burlan de tan ridículo esfuerzo. Sin embargo, la enormidad de extensión del valle lo hace magnífico y disminuye la altivez de la montaña. Si no fueran tantos estos cerritos, si no los hubiéramos pasado por kilómetros y kilómetros desde hace varias horas, se nos harían menguados, pero con tanta esterilidad, con tanto sol, resultan aterradores. Dan ganas de luchar con esta naturaleza ingrata, romperla para una mujer amada, y hacerla dar cuando se rinda, para ella lecho y pan.

Ella hubiera querido entonces ser esa mujer por quien él quebrara la altivez de la cumbre y por quien domeñara la esterilidad del valle. Y para él, hasta ella quisiera ser fértil.

Comenzaban a sentirse más próximos los ruidos de la noche, el grito agudo de pájaros desconocidos con los que ni ella estaban familiarizados, el croar de los sapos en algu-

na remota hondonada, el agudo chirriar de los grillos llamando a la lluvia; se oían las pisadas en el duro pavimento, se oía el furioso evaporar de los vegetales, se oían los chasquidos leñosos de los árboles, se oían las hojas secas reventar a la pisada de algún animal que huía; se oían los movimientos vitales de todas las cosas que están por una extraña condena atadas a tierra, y que en las noches, cuando los ojos del sol no las ven, se retuercen tratando de romper sus amarras; se oía el remoto silencio del valle, se oía el vibrar de sus cuerpos paralelos, unidos frente a la hostilidad de la naturaleza.

Ya ella estaba desde mucho tiempo antes, entregada al extraño embrujo del calor. Ya había renunciado a defenderse. Ya había aceptado como un hecho inevitable que el cuerpo vive más intensamente cuando la naturaleza lucha por no morir, y también sabía, que cuando ésta agoniza, como ahora, frente a una situación climatérica que la destruye, el cuerpo, víctima como ella, se defiende y vive en lucha mucho más que antes, cuando todo era fácil y no había que luchar. Por eso cuando él la tomó del brazo para ayudarla a andar en la creciente oscuridad, no se rebeló a la enérgica corriente que sacudió sus entrañas, que durmió sus manos y que hizo entrecerrarse sus ojos, sino que la presenció jubilosamente en ella misma como se presencia un hecho luminoso que debe ocurrir. El gesto de él no era cortesía, no era tampoco deseo de profanar, era principio de una comunión.

—Cuando en mi tierra hace verano de marzo—dijo ella fincada ahora en un remoto recuerdo—como aquí, cuando los pastos están secos y la tierra abierta del calor, a la hora que vivimos zumban en los montes las "chicharras", se retuercen los árboles y todo forma un todo agobiador hasta que estalla la lluvia. Entonces, si llueve en el campo,—porque en la ciudad la lluvia es humillante—si llueve sobre los pastos y los caminos, el agua es gloriosa, se abren todos los olores vegetales y dan ganas de estar des-

nudo y virginal.

Y él, como hablando también para sí mismo, y para una remota ansia dijo:

—Con la sequía se duermen los olores tiernos. Queda el aroma de los vegetales fuertes, de las flores grandes que se abren de noche, de la recina en los troncos, del polvo en los senderos. Huelen los cuerpos humanos con olores que en días en que todo sea normal nos molestarían, y que así, gustamos como animales. No sé si será que en noches como ésta los vegetales huelen a animal, o nosotros olemos a vegetal.

Se volvió a ella:

—Yo, siento su aroma.

Y más próximo:

—Tiene el pelo suave, como yo la quería, y los ojos claros y la boca grande.—Tiene manos fuertes y piernas largas y caderas llenas, como yo la quería. Cuando sonríe se entrega. Cuando mira hay puntitos amarillos y diabólicos en sus ojos; cuando toca, es suave como una mañana, como la más matinal de las mañanas. Toda es como yo la quería. Será fértil como la tierra que revienta después de la primera lluvia. Será buena como la sonrisa de un niño; y brava como río en montaña; y hostil con el hombre extraño, como el techo ajeno. Toda es como yo la quería.

Los ojos de él estaban dormidos sobre los de ella en un vago ensueño. Pero no la tocó.

El calor pesaba ahora más

abrumador que nunca y se caminaba, como nadando, en un elemento casi sólido de próxima humedad y próxima sequía. Era tan intenso y tético, que ya la ropa, el sudor, el polvo, no importaban nada. Todo estaba inerte: sólo había dos cosas despiertas, la imaginación y el cuerpo.

La imaginación para ver luceros en la noche ruidosa, por sobre las nubes, y encontrar en ellas una clara fluorescencia que en realidad, seguro no existía. La imaginación para pensar en el raro abrazo, que en el calor, se estarán dando los vegetales. La enredadera buscaría el tronco para trenzarlo, y crecería alocada por alcanzar su cumbre. El musgo avanzaría sobre la raíz para cubrirla con la mansa e inexorable fuerza de la ola, y se metería en sus más recónditos pliegues, y atesoraría la dulce humedad que sólo él, el musgo, en su apretada textura, podría frente al calor retener para ella. Y ella, la raíz, no estaría tan desnuda ni tan sedienta. Los pétalos de la orquídea jugosos y profanos, se ofrecerían abiertos a la cópula del polen y el insecto; y estarían blancos, pero encendidos en los bordes con un rubor violeta. Y las plantas todas tendrían en la misericordiosa noche que oculta la vergüenza de la sequía, un ansia desorbitada de crecer, de dar flores, de alimentar semillas, de regarlas al viento, de morir por ellas. Porque todas las cosas inanimadas en la noche calurosa, se vuelven seres vivos, olvidan que están muriendo de sed, e insospechadamente, son pre-

(Pasa a la pág. 16)

## CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora

Chimalpopoca 34



# Poesías de Jorge Sáenz Cordero

Jorge Sáenz Cordero es un poeta que honra, desde hace muchos años, el Parnaso costarricense. Sus poemas son sencillos. Su musa inspira una dicción pura, sin estridencias, graciosa.

Este señor del verso canta por la necesidad humana de darle forma a una sensibilidad que rebalsa espontáneamente el espíritu. En la música elegante del ritmo de sus versos, música íntima y confidencial, predomina el esfuerzo por escapar a los ripios tan comunes entre los poetas tropicales.

La obra de nuestros poetas nacionales, que ellos escriben por una imperativa vocación vital, sin esperar otra recompensa como no sea la de la propia satisfacción de la labor realizada, nos ha atraído siempre. Es obra de estetas solitarios. En su soledad poblada de sueños y de libros, de teorías que buscan adaptarse a las corrientes artísticas vigentes en el mundo, sostienen una batalla cuya victoria es una obra al parecer sin

trascendencia. Pero su trascendencia es evidente. Sus libros constituyen los jalones de un arte en perenne formación. Es más, de una estética nacional cuyos principios fortalecen la trayectoria de una literatura que se define. Son los hitos de una tradición poética que, en medio de la grandeza de las miserias y servidumbres literarias, le dan contornos sólidos al alma nacional.

Por eso es que las expresiones poéticas de un alma tan sensible como la de Jorge Sáenz Cordero tienen para nosotros, fuera de sus valores intrínsecos, una emoción humana que nos ayuda a comprender las virtudes literarias del costarricense.

Buena cosecha esta del poeta Jorge Sáenz Cordero, de la cual estas poesías que leeréis aquí son una prueba de belleza sin pretensiones, pues la belleza es y no pretende nunca.

*León Pacheco*

## AGUAS MUERTAS

Por JORGE SAENZ CORDERO

Yo sé de las aguas muertas  
que no reflejan las nubes,  
y en las que su amargo tallo  
yerguen lotos y nenúfares.

Aguas en cuyas orillas  
cobran raras actitudes  
los ibis, y en que el misterio  
de las pirámides fluye.

De su infinita tristeza  
graznando los cuervos huyen,  
y ni su cálida arena  
sobre ella el simún sacude.

¡Aguas muertas, aguas muertas,  
cerradas como ataúdes!

## CRISTO INTIMO

No el Cristo que burlara en el desierto,  
de Luzbel las mundanas seducciones,  
ni el que bebió la hiel de las traiciones  
en el refugio místico del Huerto.

No el que rompiera ante el sepulcro abierto,  
de Lázaro yacente las prisiones,  
ni el que clavado fue entre dos ladrones  
y abrió para el perdón su labio yerto.

El que se roba toda mi ternura  
y lo más hondo de mi ser remueve,  
es aquél de la trémula figura;

roto, desnudo, absorta la mirada;  
el que acusa Caifás, hiere la plebe,  
y en su inmenso dolor... no dice nada.

## OJOS NEGROS

Ojos de lóbrega entraña.  
Sevilla. Balcón y reja.  
Mirada en que se refleja  
el sol ardiente de España.

Noche hostil. Encrucijada.  
Leves pasos, fino talle,  
y en la mitad de la calle,  
un ¡ay! y una puñalada.

Ojos negros de las majas  
por cuyas pupilas hondas  
cruzan filos de navajas.

Miren con placer o enojos,  
entre madroños y blondas,  
dan vida y muerte esos ojos.

## EL GRILLO

Huésped del jardín,  
la hora nocturna espera,  
para saltar sobre el césped  
con su muleta.

Su ronco violín  
prolonga en su vieja cuerda,  
una nota que se yergue  
trémula y recta.

Al oír su voz  
toda la naturaleza,  
ensordecida se cubre  
las orejas.

Con hondo furor  
gruñen sapos y cornejas.  
¡Callad! —le gritan— que nos arde  
ya la cabeza.

El, de su canción  
la nota infinita extrema,  
y cantando a cielo y tierra,  
quieto se queda.



# Poesías de Ramón Leiva

## EL RETORNO DE LOS LOROS

Como quien huye del poniente que arde  
y por la comba del azul en galas,  
cruza un fulgor en las parejas de alas  
de los loros que vuelven con su alarde.

Quizás un árbol solariego guarde  
como verde cariátide las alas  
donde cuentan en todas las escalas  
leyendas de viajeros a la tarde.

Pero el celaje vespertino deja  
contar una esmeralda sin pareja  
—una hoja desprendida del peciolo;

que en el umbroso divagar del día  
hallan frutas de sol y ambrosía,  
con infortunio del que vuelve solo!

## LA GARZA BLANCA

Es un lampo, una flor, el tallo de una  
forma de interrogar que se perfila,  
en el manso temblor de una laguna,  
en el viento en que pone la pupila.

¿Qué fue de sus hermanas, la moruna  
y la real, tras lontananza lila?  
Es ésta más humilde que la luna,  
un lirio de quietud, alba tranquila.

Sacude la ceniza del plumaje  
unida a la colonia en el paisaje  
en donde halla el amor su moño lacio.

Con la clepsidra de la luz del día  
se va, cuando parece en lejanía  
leve nube esfumada en el espacio!

## "FILA"

(el caballo viejo)

Era melado. Su pelaje viejo  
fundía en el color la levadura  
de los años. Pero el andar perplejo  
soslayaba el trajín de la montura,

La cabeza caída era un bosquejo  
de lo que fue de potro su figura;  
ya en sus ojos, la lumbre de un espejo  
se dormía copiando la llanura.

Evitaba la garra del verano  
—el ansia de los buitres en el llano—  
en el arrimo verde de algún pozo.

Desde allí —y a la sombra del recinto—  
soñó quizás la luna de su instinto  
con manadas de potros en retozo!

# Hai Kais

Por ALFONSO ULLOA ZAMORA

## LA AGUJA

Eres, de fino acero,  
lombriz de costurero.

## EL HASTIO

Avanzó hacia la flor,  
pero encontró una tapia.  
Entonces se durmió.  
sin mirar la mañana.

## LA SORPRESA

Cuando llegó la luz,  
se encontró que era Lázaro.  
Y nadie le había dicho:  
tú, levántate y anda.

## LA BRISA

¿Qué se hizo la niña  
de todos, de nadie?

De nadie y de nada  
responden los árboles.

## LA VOCACION

Dijo la gota:  
quisiera ser un río.  
Dijo el río:  
quisiera ser un lago.  
Dijo el lago:  
quisiera ser el mar...

## EL AMOR

Cuando llegó  
¡Ah!  
Cuando se fue  
¡Ay!  
¿Y en el recuerdo?  
Nada.

## EL DOLOR

Oía las guitarras  
y las llamaba lágrimas.

## LA POESIA ETERNA

### LOS HERALDOS NEGROS

Por CESAR VALLEJO

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!  
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,  
la resaca de todo lo sufrido  
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras  
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.  
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;  
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,  
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.  
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones  
de algún pan que en las puertas del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como  
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;  
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido  
se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!



(Viene de la pág. 13)

sas de un loco fervor de vivir y procrear. Los animales hembra huirían a los rincones oscuros, seguros de la persecución victoriosa del macho, y todo, desde la tierra seca hasta la última hoja tierna que todavía atesoraba (para ella, la pequeña, la recién nacida), la última gota de savia, tenían un deseo fecundo de ser, existir y reproducirse. Un deseo puro, un deseo santo, un deseo natural, espontáneo; normal corriente entre la normal expresión de los hechos normales.

Los seres humanos, en una noche así, dejaban de existir como unidades aparte y pasaban a constituir parte del todo natural. No había en la noche pesada lujuria ni concupiscencia, había realización de hechos que la civilización, la mente y la lucha por la vida, han deformado hasta hacerlos parecer anormales. Y todo, como un río va al mar, volvía a caer en una noche así, en la ley natural de la naturaleza. Caía el árbol, y la raíz, y la flor, y la tierra, y el animal, y el hombre.

Y ellos dos también, caminando silenciosos, eran flor y semilla.

Hacia mucho, pero mucho tiempo caminaban unidos. Hacia mucho también que él le había asegurado que por siempre sería así. Y hacía mucho, tal vez desde que lo vió por vez primera, que ella resignadamente, con una resignación jubílosa, había aceptado todo lo que estaba por venir.

—He amado siempre los árboles—dijo él—, he amado la lluvia, y me he odiado a mí mismo cuando en la ciudad, por la construcción de razonamientos artificiales, el sol, la lluvia o el viento me molestaron. Y sin embargo, es tan absurdo todo allí que estas cosas santas estorban, como estorba también la fealdad humana. Aquí, en la naturaleza hay cosas también feas, pero nada está de más. Es feo el sapo, y la tierra cuando está seca y desnuda, y la hierba mordida por el caballo, y el

árbol en proceso de arrojar sus hojas; y las aves son feas cuando cambian la pluma y es feo el gusano blanco de la tierra y el gusano negro de la rama; son feos el escarabajo, la lechuza y la araña. Y a pesar de tanta fealdad, nada choca; en el concierto armónico que todos forman, seguro estoy que al colibrí no le parecerá mal el escorpión, ni a la flor la raíz. No son feas las cosas, son feos los conceptos con que las designamos.

Miró al horizonte y luego dijo:

—Va a llover, pequeña. Te mojarás, y yo no haré nada por evitarlo, porque quiero ver correr el agua desde tu cabello, bajar por tus mejillas y meterse en los recónditos pliegues de tu boca.

A ella, la de antes, la misma que se defendía en un seco razonamiento, todo le parecía bien, y esperaba la lluvia como lo esperaba a él, sin impacencias, con certeza y confianza.

—Querré también ver cómo el agua te ciñe los vestidos. No, pequeña, no haré nada para evitarlo. Es bueno verte así, y encontrarte así, y retenerte por siempre. ¿Tú entiendes, verdad? Hoy, tú y yo, no somos más tú y yo, y la norma de nuestra conducta no hemos de encontrarla en eso que la gente llama moral. Hemos de encontrarla aquí, en la tierra que pisamos, en el aire mortal que nos circunda y en el paisaje oscuro que nos rodea. Han terminado las responsabilidades con nosotros mismos; pertenecemos hoy a esto, y debemos sobre todo, estar con la naturaleza en su gran protesta contra la sequía. Si nos unimos los hombres para luchar contra los hombres; si nos juntamos para pelear por conceptos, también esta noche, que no somos hombres ni somos nosotros, debemos comulgar con la salvaje protesta que la naturaleza tiene entablada. Ahora sí llueve, tú y yo, pequeña, haremos lo que hace el árbol, el animal o la hierba, porque esta noche, somos uno de ellos. Si el árbol se estremece por el agua que lo baña, tú te estremecearás conmigo; si la hierba crece cuando calma su sed, tú

crecerás junto a mí; si los animales se buscan en el terror de la tormenta, tú te encontrarás conmigo; y si ellos se aman, nos amaremos también.

Ahora ya, truenos lejanos comenzaban a retumbar. Las nubes panzonas se hacían luz para estallar y había en todo la gran expectativa que precede a la solución. Parecía que los vegetales se volvieran del lado en que el viento se inclinaba a soplar, y parecía que los animales hubieran detenido la persecución mutua para formar parte de la espera general. La tierra abría crujiendo más anchos sus surcos, más profundos, para acoger la lluvia torrencial. Las hojas se alzaban, se ahuecaban, para contener la gota; los animales miraban con ojos luminosos a la noche, y dilataban las narices oliendo a tempestad.

Ellos dos en el borde del camino, esperaban también. El hombre, que ya podía tenerla, si quería, no la había tocado. Porque él, uno con la tierra, con la tormenta y el árbol, sólo obedecía los grandes acordes del concierto natural, y se inclinaba sobre ella cuando se inclinara la rama bajo el peso del agua, no antes ni después.

Por eso su palabra:

—Te mojarás, pequeña; mira cómo ya viene la lluvia batiendo los cerros. Beberán ellos redondos la humedad, y yo la beberé en tu cara. Es la lucha final. Llega ganando, victoriosa a calmar la gran ansia. Tú y yo, si esto se prolongara por siempre, por siempre deberíamos esperar también.

Hálitos de humedad ya alcarizaban el camino. Comenzaba a oler desesperadamente, y aquellos olores tiernos, pequeños, que para abrirse paso necesitaban una gran limpieza del aire, ganaban espacio sobre los olores fuertes que habían resistido al polvo y la sequía. Oía a hierba húmeda, a flor chiquita, a tallo tierno, a refajo, a agua y a lucero. Un aroma de limón, que seguro estuvo por días retenido en la fruta, incapaz de traspasar su corteza endurecida, se hacía sentir. Un per-

fume de violeta, que seguro estuvo escondido en la raíz venía desde abajo, trepando por la atmósfera. Un olor de musgo blanco, que seguro se volviera durante la sequía reserva de humedad para la planta, se dilataba inmenso por el aire. Un olor fresco, sano, joven, salía de la mujer hasta él.

Y así, cuando las primeras cortinas de lluvia furiosa batió la tierra próxima, cuando los relámpagos brillaron allí mismo y los rayos cayeron cercanos, se hizo, pesada sobre ella la bendición del hombre, y sobre la tierra la bendición del agua.

\* \* \*

Había llovido tanto, tanto la noche pasada. Había llovido tanto que ella, acostada no sabía por qué en aquella camita angosta de la fonda, ignoraba cómo había llegado; ¿Pero a quién se lo podría preguntar? Un melancólico razonamiento que la molestaba, hoy como nunca antes, había vuelto a su conciencia. Ese razonamiento le prohibía, y le prohibiría siempre, preguntar en qué forma había llegado, y tendría que llevar indefinidamente aquella espantosa laguna de la memoria con que despertara.

Después que vió por la ventana que los cerros estaban lavaditos, que las flores se habían abierto inusualmente en el jardín del hotelillo, que un como remedo de hierba parecía querer romper la superficie de la tierra—dando por suficiente en su desazón aquel cuadro somero de su situación geográfica—, salió del cuarto para tratar de encontrar, con un mínimo de preguntas, el lugar donde se hallaba y la ruta que tenía que seguir.

El jardín endomingado trajo a su mente una frase absurda: "...suave como una mañana". Esto la hizo sonreír: ¿dónde habría leído ella esa frase? Sonaba fresca y bonita, y también como reciente, pero ella no tenía tiempo para entrar en tan disparatadas investigaciones, sólo por una frase.

Volvió a su preocupación.



# Don Joaquín García Monge: "Grande hombre de la pequeña Costa Rica"

Por Alfonso Orantes

Cuando llegué, en 1943, a Costa Rica, expulsado de El Salvador por el General Hernández Martínez, lo primero que hice fue ir a conocer a don Joaquín García Monge. Le visité acompañado de Quino Caso y al verle sentado en un sillón me pareció hallarme ante un abad bondadoso en cuyos ojos penetrantes, al mostrar la luz de una clara inteligencia, se sentía el atisbar de un espíritu observador que con una sola mirada sabía a qué atenerse al tratar a las gentes. Me lo imaginaba distinto: delgado, nervioso, dinámico, comunicativo. Todas esas particularidades supuestas correspondían a su ser íntimo. Dimanaban de su persona, a pesar de su aparente serenidad y la dulzura de su carácter, maneras y su voz.

Al tratarle, comprendí lo que significaba para Costa Rica por su sentido humano, su bondad, su pensamiento libre, clara comprensión, idealismo,

afán animador para las mejores causas e iniciativas; su simpatía hacia los pueblos necesitados de libertad que se debatían por sacudirse los tiranos; por su preocupación de las más brillantes faenas del pensamiento y la justicia social.

En su despacho, una salita llena de publicaciones de diferentes procedencias, cuya puerta daba a la calle, conocí y traté, entre otros destacados costarricenses y extranjeros, a Yolanda Oreamuno cuando, además de ser una belleza deslumbrante, era esplendorosa inteligencia.

Con él fuimos a saludar, a su paso por el aeropuerto de La Sabana, en 1943, a Pablo Neruda quien iba para Chile procedente de México. Tres años después, en 1946, desee saludar a don Joaquín a mi paso por Costa Rica, rumbo a Panamá y le envié un mensaje. El venerable y querido

amigo, humilde y generosamente fue a esperarme al aeropuerto. Infortunadamente, como acontece a menudo con los itinerarios de las compañías de aviación a que están sujetos nuestros dependientes países, el aparato no hizo escala en San José por causas que nunca explicaron y así, no pude volver a ver a don Joaquín sino hasta que en 1954, visité Costa Rica y conversé con él por última vez.

Entonces, como yo ya había estado en Chile y recordáramos lugares conocidos por él mucho antes, me refirió cómo había resuelto el consejo que la inolvidable Chabela Carvajal le pedía para adoptar un nombre literario. En Santiago debe haber todavía un servicio de tranvías eléctricos a sitios opuestos: la ruta Carmen-Lira. Don Joaquín consideró, al ver ese nombre, que era el mejor para su compatriota y se lo sugirió. Así fue como aquella modelo ex-

Nunca, por ningún motivo, preguntaría en qué forma había llegado. Para su alma de mujer corriente, acostumbrada a los hechos simples, acomodada a las circunstancias y a los hábitos vulgares, era horroroso no poder dar, hasta la saciedad, cuenta de sus propios actos.

Bajó al comedorcito. Con la actitud mesurada de la mujer responsable de la sociedad, de su posición y de las circunstancias, pidió el desayuno. En la puerta, tapando sin ninguna consideración la luz, había un hombre alto. Ella pasó sobre él la mirada somera que

con muy poco realiza una síntesis y forma un juicio. Fue muy corta la mirada; no necesitaba más, porque el hombre ahí parado, por su aspecto, no era indudablemente un hombre al que ella debiera mirar. Estaba tapando la luz y por eso lo vió. Tenía el pecho combado, era muy alto. Llevaba las mangas de la camisa arrolladas más arriba del codo, y sobre los brazos a n c h o s , una desagradable inundación de vello bajaba hasta las manos. Tenía el pelo negro, muy corto, muy lacio; el cuello, un cuello recio, muy tosco para su sensibilidad. Indudablemente, la acti-

tud arrogante, decidida, del hombre, no concordaba con su mala educación de pararse en la puerta a obstaculizar así la luz.

Ella no quería interesarse en él, quería sólo que él se moviera y se fuera la gran sombra que su silueta arrojaba en la mesa. Y sin descarlo conscientemente, se preguntó callada: "¿Quién será ese hombre?".

El se volvió, la miró fijo casi sin mirarla, y dejando bajar sus ojos sobre el pelo suave, los ojos claros, la boca grande y la cadera ancha de

traordinaria de mujer costarricense adoptó ese nombre para calzar sus trabajos y hacerse famosa en las letras de Costa Rica, Centroamérica y del Continente.

Pero quienes son amigos de tomar en cuenta sólo las obras materiales que hayan realizado los hombres, al examinar la vida y obras de don Joaquín, podrían considerar que tal obra no existe fuera de las literarias de su juventud, ejercicio del magisterio luego, haber mantenido durante treinta y siete años, con dificultades que muchos ignoraron —porque él las ocultaba—, la publicación de su **Repertorio Americano**, desempeñar el cargo de Director de la Biblioteca Nacional y llegar a Ministro de Educación de su país. Esto no tendría mayor significación para aquéllos, si como maestro, escritor, funcionario y publicista, su obra no hubiese trascendido al medio social en que vivía y tenido hasta repercusiones internacionales. Ocurre que la labor silenciosa y firme de don Joaquín fue de tal naturaleza que de ella nunca hizo alarde, ni se jactó jamás. Su poder persuasivo era tan grande como su generosidad ilimitada, y su comprensión tan vasta, que las figuras más destacadas de las letras y las mejores inteligencias del Continente y fuera de él, veían en aquel hombre de tan alto espíritu y singular voluntad, algo ejemplar y respetable. En don Joaquín García Monge todas las virtudes que poseía conservaban su equilibrio. A ello se de-

ella, pensó para sí mismo: "Quisiera que esa mujer fuera como yo, para un día pasar mis manos por su pelo, besar su boca, y contemplar mis ojos en los suyos. Pero no es, ni será".

Sobrio a los deseos imposibles, el hombre se volvió, otra vez de espaldas a ella, y se quedó contemplando sin recuerdos, los cerros lavaditos, las flores recién abiertas, la tierra húmeda, el sol nuevo, y los canalitos de agua que desfilaban por el patio.

San José, Costa Rica,  
Abril de 1946.



# Un Capítulo de "Cocorí"

Por Joaquín Gutiérrez

## EN EL BARCO VIENE UNA ROSA

En el agua tranquila de la poza, como un limpio cristal, las copas de los árboles se reflejaban reproduciendo una selva submarina.

Cocorí se agachó para beber en el hueco de las manos y se detuvo asombrado al ver frente al suyo un rostro oscuro como el caimito, con el pelo en pequeñas motas apretadas. Los ojos de porcelana de Cocorí tenían enfrente otro par de ojos que lo miraban asustados. Pestañeó, también pestañearon. Hizo una morisqueta y el negrito del agua le contestó con otra idéntica. La risa de Cocorí descubrió sus encías rosadas

bía su mesura y serenidad. Por eso daba invariablemente sensación de confianza y sentíase la gravedad de sus opiniones, justeza de palabras y claridad de ideas como algo singular en él. Cuando se examinan las características personales de este "grande hombre de la pequeña Costa Rica", como dijo de él Pablo Neruda, entonces esa ejemplar firmeza que ha de servir de pedestal a su futuro monumento, se aquilatará a tal grado que muchos de nuestros países sin fisonomía ni personalidades ambicionarán tener a un Don Joaquín García Monge cada uno.

No debe olvidarse que la obra de don Joaquín no quedó reducida a mera docencia, ni a la publicidad de lo más constructivo y orientador en su *Repertorio Americano* y *Ediciones del Convivio*. Su lec-

como tajadas de sandía y las hileras de dientes parejos y blanquísimos.

El negrito dio una palmada en el agua y su retrato se quebró en multitud de fragmentos. Estaba muy contento Cocorí. Por primera vez se había atrevido a penetrar entre los árboles milenarios de la selva y, lleno de curiosidad y excitación, se sentía corriendo una aventura. Ya mamá Drusila debía estar impacientete:

—Cocorí, anda a traerme leña —le había dicho.

Pero recogiendo una rama por aquí y otra por allá se había ido adentrando en la catedral misteriosa del bosque,

ción de humildad, de carácter, dignidad y conocimientos, su patriotismo sin alardes lo dio y consolidó para su país humildemente y aquellos a quienes animó con sus consejos, brindó estímulo y expresó su entusiasmo con generosidad, no podrán olvidarle.

En don Joaquín García Monge tampoco hay que ver al constructor de una obra material que con recursos económicos, de los que siempre careciera Costa Rica, puede realizar cualquiera y que echan por tierra los terremotos o dañan las revoluciones locales. El Constructor que fue don Joaquín García Monge es de tipo intelectual, moral y social. De honor, de valor y de fe en la humanidad. De confianza en la bondad natural de los hombres; de repulsa para la estolidez de los tiranos y de los traidores, de

y ya era hora de emprender el regreso.

Cruzó los primeros matorrales en los límites de la selva. Se apresuró, receloso, porque el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y la selva iniciaba su concierto nocturno.

—Croá, croá,  
que susto me da.

El sapo le gritaba desde su pantano, y el grillo intervenía con su voz en falsete:

—Crí, crí, crí,  
apúrate, Cocorí.

Las ramas se alargaban como garras para atraparlo y

quien él fuera víctima en un mal momento de Costa Rica; de repugnancia para la vanidad, la mentira y la farsa. Por eso su vida fue singular en su simplicidad, sobriedad y hasta en su pobreza. En él, la sencillez fue grande. Lo que hacía que se le quisiese al tratarle y conocerle mejor era su modestia. Fue limpio, puro, indulgente. No se doblegó ante el poderoso ni menospreció al humilde.

Su obra está en las mentes y en los corazones de los que orientó, estimuló y dio consejo. En *Repertorio Americano* y en los volúmenes que publicó bajo las *Ediciones del Convivio*. Aunque tendrá su monumento, no lo necesita, porque don Joaquín García Monge es un símbolo nacional de Costa Rica, un ejemplo de abnegación y laboriosidad fecunda para América. Uno de

veía sombras pavorosas por todas partes. Y cuando un buho abrió su ojo redondo y le gritó:

—Estucurú,  
¿qué buscas tú?

Cocorí arrancó despavorido a todo lo que le daban las piernas. Corriendo cruzó frente al rancho del Campesino. Un olor a pescado frito le alegró las narices.

—Adiós, Cocorí, ¿a dónde vas tan ligero?

Pero no tenía ánimo de contestar y no se detuvo hasta que se encontró a salvo junto a mamá Drusila. Aferrado a sus faldas se sintió tranquilo, porque las mamás pueden defender a sus negritos de la montaña, del hambre del jaguar o del relámpago.

Por eso no protestó del pellico de la negra que le decía: —¿Dónde has estado?

Cocorí no le contestó, lleno de remordimientos, porque siempre le había prohibido que se aventurara en el bosque. Además, mamá Drusila era mejor dejarla que se serenara sola.

Después de la comida, Cocorí salió a la playa. La selva, a sus espaldas, elevaba su mole tenebrosa y casi impene-

sus hombres que la enorgullecen y la honran. Es un Maestro al que no puede olvidarse porque, sin alardes, hizo que en Costa Rica muchas cosas aparentes o falsas se trocaran en reales y verdaderas. Sin don Joaquín García Monge no puede concebirse a Costa Rica libre y feliz. A Costa Rica le habría faltado algo si no hubiese tenido a don Joaquín García Monge.

Aunque tardíamente la Asamblea de su país lo declaró Benemérito de la Patria. Era el único título a que tenía derecho un patriota, un hombre, un maestro y un Constructor como él.

San Salvador,

3 de noviembre de 1958.



trable. De ella salían, a veces, impresionantes mensajeros que ponían sobresaltos en el corazón del negrito. El afelpado Manigordo aparecía en los linderos de la playa en acecho de doña Tortuga que se hacía un ovillo, atrincherada en su caparazón, y a veces don Zorro, en rápida visita, secuestraba las más tiernas aves del corral.

El mar, enfrente, era también dueño y señor de innumerables secretos que aguijoneaban la imaginación de Cocorí. Por eso corrió hacia el círculo de pescadores que, a la luz de la luna, referían sus aventuras heroicas en el mar y en la selva.

Acuclillado en el ruedo de hombres escuchó una vez más al Pescador Viejo —sus barbas blancas bailaban con los vientos salinos— contar de los hombres rubios que vivían al otro lado del mar, de la dentellada fugaz del tiburón, de la iguana acorazada con su lengua de siete palmos.

—Dime, Pescador—preguntó el negrito:—¿quién puede más, el Caimán o la serpiente Bocarácá?

El Viejo se rascó las barbas, dubitativo, guiñó un ojo y, por último, respondió:

—Todo depende. Si el Caimán la muerde primero, gana el Caimán; pero si la serpiente lo aprisiona entre sus anillos y comienza a destrozarlo con su abrazo... adiós Caimán.

La conversación se alargó hasta que los párpados de Cocorí comenzaron a pesarle y a duras penas se fue trastabillando de sueño hasta su casa. Lo último que escuchó fue la canción de cuna de mamá Drusila:

—Duérmete, negrito,  
cara de moronga,  
que si no te duermes,  
te lleva candonga.

...

Al alba, Cocorí saltó de su hamaca. El canto del gallo corría por el caserío:

—Kikirikí,

ya estoy aquí.

Se lavó la cara con el agua fresca de la tinaja de barro y se encaminó a ordeñar las cabras. Pero al salir a la playa, comprendió que sucedía algo inusitado. Los hombres del pueblo gesticulaban exaltadamente frente al mar. Con el sol matutino sus sombras se prolongaban enormes por los arenales y venían a lamer las piernas de Cocorí. Algunos lanzaban sus sombreros al aire y la algarabía crecía por momentos. El viento trajo los gritos:

—Un barco.

—Que viene un barco.

—Llegan los hombres rubios.

El corazón del negrito dio un vuelco. Se olvidó de la cabra y la dejó tranquila triscando la mata de orégano. Se precipitó hacia el mar y pronto compartía la excitación de los demás.

El Pescador Viejo sentenció:

—Hacia veinte lunas que no venía ninguno.

Los ojos de Cocorí quedaron prendados del mar inmenso que centelleaba aspergeado de diamantes. Una lejana columna de humo delgado se elevaba en el horizonte.

Tenía una vaga idea de los barcos. En las noches de luna había preguntado:

—¿Cómo son los barcos?

—Grandes, como todas las casas del pueblo juntas, —le habían respondido—. Comen fuego y echan a correr bufando como el jabalí—. Por eso su corazón latía ahora apresurado. Por fin resolvería un misterio.

Los pescadores comenzaron a empujar sus lanchas al agua para ir al encuentro de los hombres rubios. Cargaron sus botes con frutas olorosas y multicolores: caimitos, papayas, piñas, plátanos. Adornaron las bordas con rojas flores de tricopilla y, desde lo alto del palo de sus embarca-

ciones, colgaron largas guirnaldas de orquídeas.

Cocorí se coló por entre las piernas de los mayores y, encogiéndose lo más posible para pasar inadvertido, se acomodó en una lancha.

Poco después todos bogaban bajo el sol ardiente.

El casco del barco relucía sobre las aguas. Con sus banderas multicolores y la gran chimenea pintada de blanco que arrojaba una gruesa columna de humo, infundía en Cocorí una temerosa fascinación. Los ojos querían saltarse.

Ya más cerca vieron a los hombres acodados en la borda. Eran como los describía el Viejo Pescador. El contra-maestre, con su cabellera roja revuelta por el viento, hizo gritar al negrito:

—Miren, se le está quemando el pelo.

Los negros se rieron alegres mientras recogían las sogas

para aproximarse al barco. Cocorí se apoderó de una y, apoyándose con pies y manos, trepó ágilmente hasta el puente. Cuando de un salto cayó sobre cubierta, un grito lo sorprendió:

—¡Mamá, mira un monito!

Cocorí miró a su derecha, a su izquierda, atrás. ¿Dónde estaría el mono? El no veía ninguno. Entonces se dio cuenta de que hablaban de él, y la cara se le puso morada como una berenjena.

Miró enfurruñado a la niña que lo había llamado monito, y el asombro le apretó la garganta disipándole el mal humor.

—Es linda —pensó— como un lirio de agua.

Suave y rosa, con dos ojos como rodajas de cielo y un puñado de bucles de sol y miel, la niña lo miraba encantada.

—Si es un niño, como yo... —y se abalanzó hacia él—. ¡Pero está todo tiznado!





# Homenaje al Maestro García Monge

Por Jorge Cardona

Tengo pocas horas de haber recibido la triste nueva del fallecimiento del querido maestro García Monge, noticia que partió de mi hijo Alfredo, sacrificado como yo, por el golpe de dolor que nos asiste el término del grande y buen amigo, que fue hombre puro, virtuoso y sabio modesto.

Para mí, tengo que decirlo,

Con un dedito recorrió curiosa la mejilla de Cocorí.

—¡Oh mamá, no se le sale el hollín!— y los ojos celestes reflejaban desconcierto.

El negrito estaba como clavado en su sitio, aunque tenía unos deseos frenéticos de desaparecer. Hubiera querido lanzarse de zambullida al agua, pero no le obedecían las piernas. Su desconcierto creció cuando la mamá se acercó a mirarlo, y de un salto alcanzó la cuerda y se deslizó hasta la lancha. La niña, desde la borda, lo buscaba con la vista entre las flores y frutas, pero Cocorí, escondido debajo del asiento, sólo asomaba de vez en cuando un ojo todavía cargado de turbación.

De vuelta a la playa, la comoción de la inquietud le recorría el cuerpo. Se había portado tan tonto huyendo de la niña rubia. Con gusto se tirarían los pelos, se daría de puñetes, gritaría. Quizás estaría enojada con él. Y el pesar agolpaba las lágrimas a los ojos de Cocorí.

Por fin concibió una idea.

Corrió a lo largo de la playa recogiendo el tornasol de las conchas, los caracoles nacarados como espuma cuaja-

se ha ido el alma de la patria, que él y sólo él, hizo vibrar con anchura y riqueza de luz a través de su **Repertorio Americano**, refugio insobornable y valiente tribuna que exaltó con espíritu encendido y fe de prócer, las conquistas de la democracia.

Bien hizo Costa Rica, meses antes de su deceso, en declarararlo Benemérito de la

da. Fue a las rocas a buscar las estrellas de mar palpitantes y los arbolitos de coral, saltando entre los riscos con riesgo de resbalar y darse un peligroso chapuzón.

Con todos sus tesoros, esperó el momento en que una lancha partió cargada de cocos hacia el barco y repitió la travesía de la mañana. Cuando las oscuras manitas, rebosantes de reflejos, depositaron el cargamento de luces en su falda, la niña gritó jubilosa:

—¡Qué lindos caracoles! Este parece un trompo, ése una flor, aquél un pájaro —y con saltos de alegría corría a mostrarlos a todos los tripulantes.

—Escucha —le dijo Cocorí, acercándole un enorme caracol a la oreja— el canto del mar.

Y la niña, embelesada, oyó un lejano fragor de tempestad.

Cocorí era feliz. La niña le hablaba, le escuchaba, le sonreía encantada. Arrastrado por su alegría, comenzó a contarle las mil y una historias del Pescador. Le habló de don Tiburón, avieso y quisquilloso; de las flores carnosas como frutas y de los monos turbu-

Patria, de la que fue su más alto, su más ilustre vocero en los últimos 30 años.

Ahora, desaparecido el más celoso de los coordinadores de simpatía entre nuestros pueblos, el corazón se estruja de pensar que se haya apagado un fanal que irradió el pensamiento libre del Continente.

Del maestro bueno e inolvidable conservo varias car-

lentos y traviesos.

A la niña se le llenaron de luz los ojos celestes:

—¿Hay monos?

—¡Uf! muchísimos.

—¿Y viven cerca?

Cocorí, disimulando su ignorancia en los secretos de la selva, señaló con su dedito hacia las copas de los cedros:

—Allí vive la tribu de los Titis.

—¡Ay, cómo quisiera tener uno! ¿Es muy difícil conseguirlo?

Por la mente del Negrito pasaron fugazmente las prohibiciones de mamá Drusila, los ruidos que había escuchado la tarde anterior, el pavor al Tigre y a la Serpiente. Pero la niña tenía tanta ilusión en los ojos que todo lo olvidó: —Yo te traeré uno —le prometió impulsivo.

Ella le lanzó los brazos al cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla. Después le dijo, entre exclamaciones de alegría:

—Yo también, quiero regalarte algo.

tas, por manera que lícito me será declarar que mi amistad no fue de ayer, que no fui de aquellos que ignoraron las virtudes y la obra que, para decirlo con palabras del infortunado Andrés Eloy Blanco, otro claro varón de nuestra América,

“Ha juntado más gente con gente, pueblo con pueblo, destino con destino, americano con América, que cuanto reuniones, conferencias y pactos han dicho, han publicado y han gritado juntar”.

Loada sea por siempre la memoria del gran costarricense, considerado como el mejor ciudadano de nuestra América.

Sherman Oaks, Calif.

Nov. del 58.

Y rápida corrió hacia su camarote. Cocorí se quedó pensando en la temeridad de su ofrecimiento cuando la vio reaparecer. Entre sus manos traía una Rosa. Parecía hecha de cristal palpitante, con los estambres como hilos de luz y rodeada de un nimbo de resplandor y de fragancia.

Para Cocorí era algo mágico. Retrocedió unos pasos asombrado. El sólo conocía las grandes flores carnosas de su trópico. Esta flor era distinta. Jamás podría cerrar sus pétalos para atrapar las abejas como lo hacían las flores carnívoras de la manigua. Su perfume no tenía ese aroma hipnótico de las orquídeas. Era un olor leve como una gasa transparente que envolvió a Cocorí en su nube.

Miró a la niña atónito y volvió a ver la Rosa.

—En el país de los hombres rubios—pensó el negrito— las niñas y las flores son iguales.

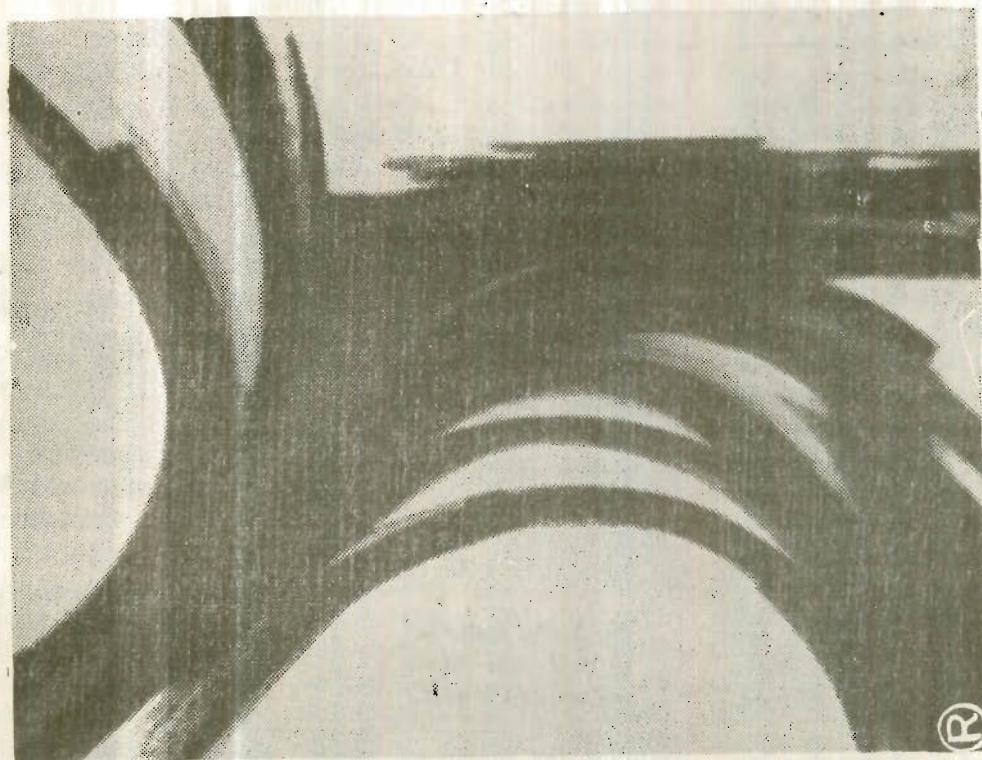
Y con su Rosa apretada contra el pecho, celoso del viento que quería arrebatársela, Cocorí emprendió el regreso hacia la costa.

Esa noche la flor iluminó la choza de mamá Drusila.



# Exposición de Pintura y Dibujo de Rafael Angel García

Por Manuel de la Cruz González Luján



FUERZA, por Felo García.

Esta paradógica Costa Rica actual tan despreocupada de lo espiritual en lo colectivo, muestra sin embargo en lo individual un fenómeno al parecer incompatible. Frente a la total indiferencia de los más, asoma una burbuja efervescente y cálida, probablemente desconocida antes, anunciadora de una seria y responsable actitud frente al estudio. Quiero creer que los frutos universitarios comienzan a despuntar anunciando un prometedor futuro de hondas resonancias espirituales.

Este conmovedor hervor juvenil en búsqueda anhelante de caminos más ciertos, de verdades más cónsonas con una actualidad plena de técnica, de zozobras e inquietu-

des, va cuajando en grupos experimentales de teatro, en poetas muy apreciables, en responsables estudiosos de la filosofía y la ciencia, crisálidas que miran ansiosas la enorme pista del cielo en que ensayarán el vuelo de sus alas nuevas.

En el arte, la inquietud se realiza en manifestaciones tan concretas y rotundas como Dinora Bolandi, Lolita Fernández, Alvarado Abella, Juan Luis Rodríguez, Cristina Fournier, Gallardo, César Valverde, para no citar sino los que yo he tenido oportunidad de conocer y juzgar en lo que a la plástica se refiere.

A estos valiosos nuevos nombres conquistados por el

arte costarricense ha de sumarse ahora el de RAFAEL ANGEL GARCIA, en mi modesto concepto la más extraordinaria, madura y actual revelación plástica del presente momento artístico nacional. A decir verdad, la aparición de R. A. G. como una brillante luminaria de nuestro firmamento intelectual, no ha dejado de asombrarme, —y sin duda a la mayoría de los costarricenses también—. Mi asombro comparte tanto sus excepcionales dotes de pintor, como su inteligente postura de avanzada en un medio que recién comienza a conocerlas para la mayoría desconcertantes manifestaciones del arte llamado abstracto, al cual no puede llegarse sino a través de una dedicación seria y con-

ciente que rebase los límites de las fáciles emociones de la sensualidad trivial.

La nueva estética requiere para su comprensión, sensibilidad y conocimiento, contraponiéndose así a la tradicional y cómoda actitud figurativa, para sentir la cual no era necesario más que tener los ojos en buenas condiciones y el cerebro atiborrado de literatura.

Conocí a R. A. G. en La Habana en 1949. Por entonces era para mí simplemente FELO GARCIA, un joven apasionado por el deporte, que venía de Londres y que se incorporaba al grupo de "ticos" que por aquellos días cosechábamos nuevas experiencias de bohémios impenitentes y de intereses distintos en mi modesta buhardilla de Santa Catalina 349, en Santos Suárez, o en las bulliciosas canchas del Cerro o Puentes Grandes. Jamás pude sospechar en

FELO GARCIA las inquietudes intelectuales de RAFAEL ANGEL GARCIA. Jamás cambiamos una impresión estética, ellos estaban en lo suyo y yo en lo mío. Jamás se me ocurrió mezclar mis personales inquietudes artísticas con los apasionados paliques deportivos del grupo, por más que alguna vez, contra mi costumbre, fui a hacerles "barra" frente a sus brillantes actuaciones en las canchas habaneras y ellos, correspondiendo, asistieron a alguna de mis tímidas muestras pictóricas. Y no porque el deporte y el arte no se lleven bien, buena prueba de ello es el griego, sino porque algo ha de tener uno sordo y entre lo mucho mío se encuentra eso del deporte. Hago esta confesión con cierto rubor en un medio en el que los tantos de un campeonato de fútbol afectan características trascendentales de problema nacional, o en el que a lo mejor, se desconcierta uno ante una revelación como la que es objeto de estas palabras.

En suma, el finísimo artista que se ocultaba tras aquel ponderado muchacho, modesto y serio, un poco a la vera resguardadora del grupo, quedó nueve años atrás envuelto en la calidez amistosa y llena



# Rubén y la Virgen

En los libros editados y sellados oficialmente con el nombre de Rubén Darío, así como tampoco en las ediciones subsiguientes a la muerte del Poeta, no se encuentran, es cierto, composiciones dedicadas a la Virgen. Pero acuciosos bibliófilos de León, han conservado en su poder unos cuadernillos que corresponden a la época en que Rubén era un niño.

Estos curiosos cuadernillos están integrados por una serie de cantos a la Madre del Cielo que se asegura por tradición oral, fueron obra del poeta-niño, q' él hacía por encargo de la "Abuelita Bernarda". Esto es bastante creíble, tanto porque la infancia de Rubén estuvo influenciada por la religiosidad de su abuela Bernarda, como por la estructura de las mismas estrofas:

**"¡Ah bendito el Señor que en la tierra  
pura y limpia te pudo formar,  
como forma el diamante la tierra  
como cuaja las perlas el mar".**

**"De su madre en el seno aparece  
como lirio de púdico aroma,  
como blanca e inocente paloma,  
como rayo de luz matinal".**

**Pues si tu grandeza  
es tan singular e inefable  
¿Qué extraño, Niña admirable,  
que el mundo caiga a tus pies?**

Estos versos son de una musicalidad y relativa perfección, que no es fácil de creer hubiesen sido compuestos por la beatería de los poetas religiosos de entonces.

Si se analizan bien, algunos de estos cantos están integrados por elementos y metáforas

que ya anunciaban al Rubén de "Prosas Profanas" y "El Canto Errante".

Al incluir a Darío entre los poetas Marianos que integran la presente Antología, nos atenemos a la tradición oral que adjudica a nuestro Poeta, las referidas composiciones.

de presagios de las tibias noches cubanas. Ahora he vuelto a encontrarlo. Nuestros bagages se han ido completando, la diáspora ha ido recogiendo sus inseguras alas y contemplo ante mí una recia personalidad en pleno vuelo artístico. RAFAEL ANGEL GARCIA arquitecto, pintor y escultor, surge con todo el prestigio que proporciona una vocación clara y segura de su destino cuajada en hermosas realidades artísticas.

Es ahora cuando vengo a saber de sus aspiraciones y conquistas intelectuales y profesionales en Londres, obtenidas como todo lo que es fundamental en la vida a fuerza de sacrificios, de abnegación y de voluntad. Ahora vengo a saber que RAFAEL ANGEL GARCIA formó parte del más joven e importante

de los grupos abstractos londinenses. Ahora vengo a conocer de sus éxitos, de sus inquietudes, del alma en suma de RAFAEL ANGEL GARCIA. Es ahora también cuando vengo a conocer su magnífica pintura.

La pintura de R. A. G. se distingue ante todo por su exquisita fineza de color, vibrantes cromatismos musicales de cálidas sonoridades en las que el misterio pone sus acentos poéticos y la materia su realidad telúrica.

Pintura orgánica y sutil reciamente construída, manifestando su drama más allá de los límites superficiales de la tela, proyectándose hacia lo hondo en busca de la permanencia del hueso y de la roca, dirigiéndose al ser primero aún cuando una vibrante sen-

sualidad de mariposa aletee fulgurante en la periferia.

Lo que podría confundirse con escenografía vana, se redime en la intención y la voluntad creadora, cristalizando en obra permanente y sólida. La modernidad de la tendencia manifiesta un espíritu alerta que se inclina más a la mística salmodia melódica kandinskiana que al acético rigor mondrianesco pese a la profesión de arquitecto del autor, cuyas más lógicas realizaciones piensa uno deberían resolverse dentro de la geometría. Pero lo que podría ser incongruente, se transforma a fuerza de sensibilidad en mensaje del más puro rango sensorial.

Las rutilantes armonías cromáticas de GARCIA madurarán aún más ganando esa

## SALMO

**Oh María, Madre mía,  
dulce encanto del mortal...**

**No hallo todavía  
el rayo que envía  
mi madre María...**

**Rosas para tu rosario,  
luces para tu santuario,  
llamas para tu incensario...**

**A tu planta soberana  
cayó la luna pagana  
de la frente de Diana.**

RUBEN DARIO

(De LA PRENSA, Managua).

## NOTA DE "BRECHA":

Creemos que los anteriores cantos a la Virgen son auténticamente darianos. Se nota claramente en germen lo que habría de ser con el correr del tiempo el gran Rubén. En el niño apunta el hombre. Ejemplo para afirmar nuestra opinión es esta estrofa:

**No hallo todavía  
el rayo que envía  
mi madre María.**

Después, el Rubén de la madurez habrá de decir en idéntica forma:

**Un golpe fatal  
quebranta el cristal  
de mi alma inmortal.**

Aquí tienen los biógrafos un magnífico aporte para sus estudios.

hondura indispensable que se manifiesta en algunas de sus obras gracias a los materiales empleados en el "collage" que entablan una pugna de síntesis natural contra la vibración puramente física, por la consecución de una consistente elaboración espiritual.

Con todo, podemos decir alborozados que un nuevo magnífico pintor le ha nacido a Costa Rica. Que si los campos del deporte perdieron los fugaces resplandores de una de sus estrellas, el alma permanente de nuestra tierra ha ganado un apoyo más en el camino de perfecciones que hemos emprendido en la consecución de una tradición artística que haga de la Costa Rica de hoy, señero jalón para la pequeña gran patria de nuestros hijos.

Noviembre de 1958.



# Dos Conceptos del Arte

Por Guillermo de Torre

El arte "al servicio de..." y el "arte por el arte".

Resulta sobremanera curioso estudiar cómo el fenómeno modernamente avasallador del arte "al servicio de..." tiene casi los mismos orígenes finiseculares que su anverso, la tendencia de "l'art pour l'art". Y aún más advertir cómo en rigor la concepción pura o idealista del arte es algo anterior a la concepción tendenciosa o social, pues mientras la primera data de fines del siglo XVIII, la segunda solamente surge a fines del siglo XIX. Efectivamente, Hegel en su *Estética* sostenía que "la misión del arte es representar, bajo formas sensibles, el desarrollo libre de la vida y sobre todo del espíritu, en una palabra, de hacer lo exterior semejante a su idea". Y aún más remota y anchamente, desde Plotino a los teóricos de la poesía pura, pasando por los líricos y filósofos del romanticismo alemán e inglés (Schiller llegaba a hacer del juego desinteresado el fundamento de la actividad estética) pululan las variaciones sobre esta afirmación espiritualista del arte. Tanto como aquellas otras que hacen hincapié en su radical autonomía, desde Santo Tomás a sus rapsodas modernos, por ejemplo, Maritain, cuando define el arte como "una actividad en cierto modo inhumana, como el esfuerzo hacia una actividad gratuitamente creadora, únicamente centrada en su propio misterio y en sus leyes operantes, sin subordinarse a los intereses del hombre ni a lo que ya existe...".

La primera embestida a fondo contra el concepto idealista del arte se llevó a cabo

hace poco más de un siglo, hacia 1830, en los días de la revolución romántica, que fueron también días de revolución social. En Francia, concretamente, con el golpe de estado de julio, al tiempo que por un lado asomaban las incitaciones al máximo desinterés estético, por otra parte se hacían intencionadas para que el arte reflejara las realidades inmediatas. Saint-simonianos y fantasistas esgrimen sus conceptos, curiosamente antitéticos. De un lado: "l'art c'est l'azur"; de otro las primeras prédicas sobre "la función social del arte". Pareja pugna se establece entre positivismo y naturalismo por una parte y de otra la galaxia de escuelas que tendían al máximo desinterés, cuando no al descubierta amoralismo propuesto por aquella que no se concreta positivamente en ningún nombre, pero que pasó a la historia —a la pequeña historia— con el nombre caricaturesco de decadentismo. Leídos hoy ciertos manifiestos de los saint-simonianos, donde se afirmaba por ejemplo, que "ha terminado el arte desinteresado e independiente, la poesía de lujo, los versos cincelados, etc..." ¿no creeríamos estar escuchando algunas de las últimas proclamas del "realismo socialista" y sus ataques contra el "formalismo"? Leídas hoy asimismo algunas declaraciones de Flaubert, Gautier, Whistler, Walter Pater, Oscar Wilde ¿acaso hay gran trabajo en figurárselos como dúplicas anticipadas de ciertas últimas teorías "escapistas", "puristas" hasta la rarefacción? La historia literaria no acaba nunca de brindarnos

tan aleccionadoras —lo que no quiere decir decepcionantes— confrontaciones. Saint-Simon —con urgencia algo grotesca— reclamaba que cesara toda creación artística hasta tanto que no estuviera concluso el edificio de la sociedad futura. "La moral del arte consiste en su misma belleza" —sentenciaba opuestamente Flaubert. "Digo —escribía Gautier en su prólogo a *Las flores del mal*— que si el poeta ha perseguido un objeto moral, disminuye su fuerza poética, y no es imprudente apostar que su obra será mala. La poesía no puede, bajo pena de muerte o degradación, asimilarse a la ciencia o la moral; no tiene la verdad por objeto; su único objeto es ella misma". La independencia absoluta del arte respecto a la moral alcanzó su mayor precisión epigráfica en esta frase de Flaubert en una carta a George Sand: "Lo que es bello es moral". Y en esta otra de Whistler: "La esfera del arte y la esfera ética son absolutamente distintas y separadas".

Frente a ellos, a la vez, revelando el mismo exceso, parejo unilateralismo, podría recordarse cualquiera de las afirmaciones que campean en Proudhon (*Du principe de l'art et de sa destination sociale*, 1865), con la novedad de que estas últimas son menos notorias, casi nunca recordadas. Por ejemplo, aquélla en que confesaba que la belleza literaria "le hacía bostezar" y que "sentía tentaciones irresistibles de mandar al infierno la literatura", "cuya edad de oro pertenece a otros tiem-

pos". Su franqueza, al cabo, no deja de resultar simpática y la autodenominación de "bárbaro" que se daba Proudhon no le queda estrecha. (Podemos permitirnos, sin incurrir en temibles iras tantas confianzas con su desvanecido recuerdo, porque aquella suerte de anarquismo que personificaba, como tampoco el de Babunin, llegó a encarnar en ningún Estado, al contrario de lo que acontece con las ideas de Marx, y por consiguiente su figura está exenta de cualquier tabuismo místico...) Tal franqueza (Proudhon admitía sólo el arte, en la "democracia futura", como "una facultad más femenina que viril, nacida para la obediencia, y cuyo desarrollo debe estar escrupulosamente supeditado al desarrollo jurídico y científico de la especie...") resulta, insisto, plausible, al cabo, en contraste con la hipocresía taimada que a un siglo de distancia utilizan sociologizantes y sectarios políticos, de una y otra banda, cuando se capa de interesarse por el arte lo único que anhelan es su exterminación. Mas como los extremos se tocan, sucede que recorriendo su olvidado mamotreto, encontramos pensamientos como éste: "¿Para qué sirve el arte? Para nada: no necesita darse al servicio de cosa alguna, es pura fantasía, y como tal excluye la idea de servicio, lo mismo que la idea de principios, lógica y reglas". En cambio, Théophile Gautier, heraldo del arte por el arte en un momento dado, lo definía: "no es la forma por la forma, sino la forma por la belleza, abstracción hecha de toda idea extraña, de todo desvío en beneficio de cualquier doctrina, de toda utilidad directa". Aún más; a la cabeza del periódico *L'Artiste*, a modo de programa, escribía: "Creemos en la autonomía del arte; el arte para nosotros no es el medio, sino el fin; todo artista que se proponga algo que no sea bello no es un artista a nuestros ojos...". "Sólo es verdaderamente bello —había anticipado ya el mismo Gautier en el prefacio a *Mlle. de Maupin*— lo que no puede servir para nada; todo lo que es útil, es feo". Y Proudhon —moralista y práctico, anarquista social,



burgués de sentimientos—desde el otro extremo, imprevisiblemente, dándole la réplica: “El arte por el arte, falto en sí de legitimidad, nada es salvo libertinaje”. Como comentaba Menéndez Pelayo (1): “Todo arte que alardee de libertad, de independencia, de genio, de ideal, de revelación, de fantasía (es decir, de ser arte), será, según la estética de Proudhon, un arte irracional, quimérico e inmoral, condenado a ponerse al servicio del idealismo religioso, del iluminismo, del fanatismo, del quietismo o del epicureísmo...” Y según el mismo Menéndez Pelayo acotaba, con su sagacidad habitual, lo que determina los errores de Proudhon es considerar que el fin supremo del arte no es la belleza, sino la justicia. Ahora bien, esa misma justicia, no dejaba de ser respetable por su misma abstracción, al no hallarse identificada con ningún credo absolutista, de carácter victoriano, y a diferencia de otras “justicias” contemporáneas.

Por razones parecidas, y aunque más atenuadamente, del mismo error fueron víctimas los demás teorizantes de un arte social en el siglo XIX, en particular aquéllos que lo interpretaron desde un ángulo sociológico, desde Comte hasta Taine y Guyau. Ahora bien, la doctrina de Taine (no obstante su descrédito: “portentoso falsificador” le llamó Unamuno; “su nefasta influencia”, dice Venturi) no dejamos de reencontrarla, si bien por distinto camino y con diferentes nombres. Y aunque ya nadie pretenda explicar exhaustivamente la obra de un artista en función de la famosa triada (la raza, el medio, el momento), algunas ideas conexas y derivadas (el condicionamiento histórico, la atmósfera epocal, el ritmo de las generaciones) son factores que hoy cuentan. Su error mayúsculo fue considerar las obras de arte meramente como “hechos” o “productos”, cuyos caracteres o causas es lo único que importa averiguar. Pero ¿no sigue siendo esta la misma limitación que malogra ciertas investigaciones sociológicas aplicadas al arte? “La sociología del arte—según me escribía André Malraux, ampliando ciertos

puntos de su capital *Physiologie de l'art*— se aplica al arte por un malentendido. De hecho encara las formas dando la misma importancia a las de Van der Gelder que a las de Rembrandt, a las de Eugéne Sue que a las de Balzac. Ahora bien, lo que a usted y a mí nos interesa en la obra de arte es aquéllo que la hace obra de arte: su *calidad*. Y sobre esto, ni el psicoanálisis ni la sociología tienen el menor poder”. ¿No es ese mismo apriorismo heterónimo aquéllo que daña sustancialmente los métodos dogmáticos, que no dialécticos, del materialismo histórico? Igualmente, no es difícil advertir la correspondiente relación entre la tesis de Guyau, determinando como “el fin más elevado del arte producir una emoción estética de carácter social”, y aquellos conceptos actuales que tienden a concebir el arte como una suerte de zoomorfismo o reflejo pasivo de la sociedad. En último término, cierta diferencia favorable beneficiaría a Guyau, pues aunque el escritor de *L'esthétique au point de vue sociologique* (1884) estudiara la introducción de las ideas filosóficas y sociales en la literatura de su siglo y de su país, jamás se le ocurrió descubrir en ellos gérmenes o rastros de la lucha de clases. Sin contar con que en su saldo activo contará también esta fórmula feliz: “El privilegio del arte es no demostrar nada, no “probar” nada, y sin embargo, introducir en nuestro espíritu algo irrefutable”.

En todo caso, estas someras evocaciones bastarán para señalar que los intentos actuales hacia una “literatura dirigida” son algo que ya datan, tienen sus raíces en aquel incriminado siglo XIX, tan libre, sin embargo, tan tolerante que permitía en todas las esferas, con plena generosidad circular sin trabas opiniones diametralmente opuestas y que acuñó la doctrina de “l'art pour l'art”, del máximo desinterés, cuya síntesis más explícita quizá se halle en esta afirmación de Marcel Schwob (prólogo a sus *Vies imaginaires*): “El arte está en el extremo opuesto de las ideas generales, no describe más que lo individual, sólo de-

sea lo único. El arte no clasifica, desclasifica”.

#### FORMALISMO ESTETICO Y SECTARISMO SOCIAL

Sentencias así nos sitúan ya resueltamente en la ribera opuesta, en los últimos confines de la gratitud estética, estigmatizada hoy bajo el nombre de formalismo. Pero sucede parejamente que este formalismo, en el rigor del término, muestra asimismo raíces algo lejanas; arranca de las ideas estéticas de Herbart (2)—quien reducía el arte a pura forma, a las relaciones de los elementos constitutivos, tales como se presentan, disociados del contexto—, se continúa en Zimmermann y llega a su cumbre en la estética experimental de Fechner, limitando el juicio estético a mediciones y confrontaciones geométricas. A la vez esta valoración formalista está implícita ya en la *Crítica del juicio* de Kant, cuando éste tiende a imponer apriorísticamente a todo juicio de gusto “la forma de la finalidad sin la representación de un fin”. En la estética kantiana asimismo están las raíces mediatas del arte por el arte, merced a la afirmación de que el juicio estético es desinteresado y que la esfera del arte no debe confundirse ni con el conocimiento ni con la moral, más el corolario de que el arte no es moral ni inmoral, sino simplemente bello. Sentencia esta última que, popularizada —y pervertida— por Wilde aforísticamente, marca el último extremo algo fácil de tal supuesto, tornado algo caricaturesco por decadentes y simbolistas.

Como quiera que en la época de estos últimos, en las postrimerías del pasado siglo, tal criterio se imponía casi con la rigidez de un dogma, nada tiene de extraño —siguiendo el balanceo de tendencias y la ley de las alternancias— que, reaccionando violentamente contra él, un Tolstoi, por ejemplo, extremara polémicamente la contradicción en aquel libro *¿Qué es el arte?*, ya increíble en 1897, pero que releído hoy duplica sus endebles y arbitrariedades. ¿O cabe tomar en serio la pretendida distinción entre “el arte del pueblo” y “el arte de los

delicados”, cuando precisamente, gloriosamente, la propia obra novelesca de Tolstoi borra esas artificiosas fronteras? Libro improvisado, libro superficial, ¿Qué es el arte?—lo mismo que *Degeneración* de Max Nordau— intentando ser un ataque a fondo contra la “delicuescencia finisecular” constituye más bien un testimonio de tal estado de espíritu.

Por lo demás, los alegatos en pro de la finalidad social del arte contaban ya en la misma Rusia con otros precedentes, como Chernikevsky, Dobrúlov y Nekrásov, aducidos a la vez por Plejánov (*El arte y la vida social*), cuando éste reitera y ensancha los argumentos de Tolstoi. Mas deberá advertirse que tanto estos teóricos sociales como los románticos y simbolistas, dirigen sus principales dardos contra la mentalidad del mismo personaje y coinciden en una execración común: la del burgués. Pero en tanto que para un Flaubert y secuaces el burgués es aquel “Monsieur—qui—ne comprend-pas”, ridiculizado luego con este nombre por Rémy de Gourmont, y por Rubén Darío, para Tolstoi, sus antecesores y seguidores, el burgués es el capitalista, el que está al otro lado de la barricada económica. Y también es advertible otro hecho curioso: aunque Plejánov tache de burgueses a Flaubert, los Goncourt, Gautier, etc., se ve obligado a reconocer que fueron ellos quienes produjeron las obras revolucionarias, pues “verbi gratia”, la crítica de la sociedad implícita en *Madame Bovary* no admite paridad con la expresada en ninguna obra tendenciosa de la misma época. Sin embargo, pese a estas sinceridades, cuando Plejánov aborda el problema de la forma y del contenido, no puede evitar incurrir en la misma óptica estrecha que sigue prevaleciendo entre los suyos hasta el día. Trata así de desintegrar artificialmente ambos elementos y de juzgar una obra por su intención, sin atender a su calidad, dando origen a los equívocos sectarios de lo que luego se llamaría peyorativamente formalismo y a los cuales solamente Lunatcharsky tuvo el valor de oponerse. No en vano este último era



# Brújula Quieta

"Diez años de Pintura" de Manuel de la Cruz González Luján, estuvieron en exposición en los salones del Museo Nacional.

Esta nota a vuela pluma, no puede decir mucho de lo que se debe decir de este mag-

nífico cultor de la pintura. Son diez años conscientes de evolución pictórica pasando por muchas escuelas, bordeando muchos modos de ser, hasta encontrarse en la rica vena del abstraccionismo.

Para muchos esto no tiene

ninguna importancia, para otros, no deja de ser una moda, pero, para el que conoce a fondo la honradez pictórica de Manuel de la Cruz González, tiene que llenarle de asombro y convenir, que este gran pintor ha realizado una labor meritisima durante es-

un espíritu culto y refinado, un tan cabal conocedor de las literaturas rusas y europeas en general (hasta lo español llegó su curiosidad, como prueba el drama *Don Quijote*), definiéndose a sí mismo "conservador de lo antiguo y protector de lo nuevo", según tuvo ocasión de demostrar durante su actuación como comisario de Instrucción Pública en tiempos de Lénin. Lunatcharsky, sin dejar de afirmar en aquellos días la necesidad de una nueva "literatura proletaria", en modo alguno estaba dispuesto a prescindir de los clásicos y de la "literatura burguesa". "El arte encierra, junto a sus elementos de clases, elementos humanos. Las clases se van; el arte, queda"—afirmaba aquel marxista nada intransigente (3). Especie a la sazón —en aquellos años tan próximos, pero que dado el creciente estrechamiento de sus correligionarios nos parecen ya remotos— no única, actitud compartida no sólo por Trotski, sino por Bujárin y otros. Bujárin, por ejemplo, frente a los iniciales intentos de un arte soviético dirigido, afirmaba los principios de la "libre concurrencia" y no vacilaba en declarar: "si adoptamos el punto de vista de una literatura regulada por el Estado, y que goce de toda clase de privilegios, podemos tener la seguridad de que así mataremos la literatura proletaria". Y toda literatura, podría haber agregado.

ca en una literatura de partido ni cosa parecida. Más explícito aún que en el libro que dedicó a tales temas (*Literatura y revolución*, 1923) fue luego, cuando perseguido y en la oposición, ya no tuvo que guardar reticencias. Sin embargo, en aquella primera vista de tales cuestiones, Trotski comenzaba muy heterodoxamente por reconocer que "el arte necesita del bienestar y de la demasia". No se puede oponer —agregaba— a la cultura y el arte burgueses (entendiendo por éstos todo el pasado) la cultura y el arte proletarios, porque esta última clase es solamente una fase. Puesto que Trotski era quizá el último entre los suyos en considerar de buena fe la dictadura del proletariado como una etapa provisional, sostenía que la nueva cultura no habría de tener ningún carácter de clase. Y argumentaba así: la dictadura del proletariado es sólo un momento de transición hacia el establecimiento total del socialismo. Ahora bien, "su duración no será de meses, sino de años y de decenios". Durante este primer período "no puede hablarse absolutamente de la edificación de una nueva cultura"; ésta sólo empezará después. Luego —resume Trotski— "no solamente no existe una cultura proletaria, sino que no existirá jamás, y no habrá por qué lamentarse de ello; el proletario se apodera del poder para acabar de una vez con todas las culturas de clase y abrir camino a una cultura de la humanidad". Del mismo

modo descreía en absoluto del "realismo socialista" —según veremos luego con detalle al abordar este punto— y en uno de sus últimos escritos se alzaba contra todo intento de coerción intelectual. "El método marxista —afirmaba sin reservas— no tiene nada de común con el método artístico". "El arte debe encontrar su propia vía y sus propios medios. El dominio del arte no debe ser puesto bajo el dominio del partido. Este último puede proteger y ayudar, pero sólo indirectamente".

Sin embargo, criterio tan ecuánime y generoso no duró

tos diez años de vivir y convivir, en otros ambientes, más desarrollados para el arte como son Cuba y Venezuela, a las que Manuel de la Cruz dedica esta exposición de su gran esfuerzo estético.

Todo es interesante, decir que una u otra cosa no lo es, es cegarse, caer en la crítica ramplona de contrastes entre lo bueno, lo malo y lo regular, nada es ni bueno ni malo ni regular en González Luján, es su propia expresión, es su composición interesante, es su colorido, es su balance de formas, es su mundo, propio y personal y además de su mundo, su muerte propia y perso-

mucho en su país. En realidad para ser más exactos, cabría decir que nunca llegó a prosperar, a ser el criterio oficial. Y contrariamente, no tardó en imponerse de modo coercitivo el criterio antagónico.

(1) *Historia de las ideas estéticas*, vol. VIII (ed. Escritores Castellanos, Madrid).

(2) Cf. Bernard Bosanquet: *Historia de la Estética* (1892) (trad. esp. Nova, Buenos Aires, 1949) y Katherine Evert Gilbert y Helmut Kuhn: *History of Aesthetics* (Macmillan, New York, 1939).

(3) Cf. Wladimir Polonski: *La literatura rusa revolucionaria*. (Editorial España, Madrid, 1952).

GANADERO:

## LAS MELAZAS

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

Mayor producción de leche. Engorde más rápido del ganado de carne.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Diez céntimos el kilogramo.—Cuatro y medio céntimos la libra.

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS.

Temporo Trotski creyó nun-



nal, su agonía unamunesca, llena de honduras y de cimas flotando entre las nubes, de grandes caídas infernales y de tranquilos remansos en que los pinceles apenas dicen una que otra expresión angélica o demoniaca.

Nada ha sido tan hondamente sentida, como esta exposición de Manuel de la Cruz, para los que hemos seguido su trayectoria artística, es un encontrarlo de nuevo en el camino que nunca ha abandonado, el de la lucha; la intensa lucha por la creación, por lo verdadero y auténtico, desechando la farsa, desconociendo el camino fácil del arte; trabajando con ahinco, con verdadera unción de artista pintor; enraizando en la tierra, en esta y en todas las tierras de nuestro mundo en el que partiendo de lo local y pequeño, llega a lo universal y grande, en su propia grandeza de expresión cabal y auténtica. Es esta nota volandera, tan solo el querer dejar un testimonio de lo que ha sido esta exposición de Manuel de la Cruz González Luján.

\*\*\*

Desde México las cartas nos traen noticias de un grupo denominado "Nueva Música de México", al cual pertenece nuestra compatriota Rocío Sanz, quien ha obtenido un rotundo triunfo estrenando dos corales "Oda al presente" y "paz para los crepúsculos que vienen", basados en poemas del gran poeta chileno Pablo Neruda.

Es esta la primera vez que Rocío presenta su obra original y el éxito fue grande; hay una gran promesa en esta joven compositora que Brecha celebra con alegría que nos proporciona todo triunfo de un compatriota.

Rocío, estudiosa y creadora, nos dará, sin duda alguna, muchas nuevas obras musicales con el sello de su exquisita sensibilidad e inteligencia. Este grupo de artistas fue presentado bajo la dirección del Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Música, y colaboró con ellos el Coro de Madrigalistas dirigido por el maestro Luis

Sandí.

\*\*\*

"Tríptico de la Ceniza, el Agua y el polvo" y otros poemas, será el libro próximamente a editarse de Arturo Echeverría Loría, Jefe del Consejo de Redacción de BRECHA. Conocemos fragmentos de estos poemas, que tienen una indudable unidad. Tal vez la crítica pueda preocuparse de ellos.

\*\*\*

Alfredo Cardona Peña prepara allá en México un nuevo libro de poesía, que sin duda alguna será un éxito, debido a que Cardona Peña, nuestro compatriota, es uno de los mejores poetas contemporáneos; además de sagaz crítico y ensayista, es decir, un hombre de letras en la extensión de la palabra y del cual esta revista se siente muy orgullosa de contarlo entre sus colaboradores.

\*\*\*

No hay duda que el teatro en Costa Rica ya tiene un auge importante, contamos con magníficos actores y actrices y con dos muy apreciados di-

rectores como son Luccio Ranucci, animador del grupo LAS MASCARAS y Jean Moulaert, del grupo del ARLEQUIN. Asimismo, el actor Guido Sáenz González y Oracio Tasis imparten en la universidad (Escuela de Ciencias y Letras), sus conocimientos sobre este importante arte, despertando interés por la farándula, entre las nuevas generaciones que sin duda alguna darán prometedores frutos, ya visibles en las representaciones del teatro universitario.

\*\*\*

Arnoldo Herrera, este infatigable músico y director del Conservatorio Castellá, prepara a sus grupos corales, de ballet, teatro, pintura y escultura. Es verdaderamente halagador ver esos niños, que bajo su dirección encausan sus facultades artísticas, darse en el arte con la ingenuidad y la creación más pura. Indudablemente que Arnoldo Herrera, el maestro, lleva a cabo una magnífica labor en ese laboratorio de arte que es el Conservatorio de Castellá.

\*\*\*

De Cristián Rodríguez, nuestro ilustre colaborador, estamos esperando un cuento que publicaremos en uno de los próximos números. Cristián, siempre tico ciento por ciento, ya sea cerca de una carreta con bueyes en un camino de esta tierra o bajo una viga de acero de un rascacielos en construcción en Nueva York; tiene en su sabrosa y bien sazonada prosa, mucho que decir y de vez en cuando lo dice en nuestras columnas. Sus artículos siempre bien recibidos, amenos y enjundiosos, llenos de reminiscencias y de erudición sin pedantería, son esperados por nuestros lectores con cariño. Por eso enviamos a Cristián Rodríguez ese pequeño recado, para recordarle el cuento que nos tiene prometido.

\*\*\*

Francisco Gamboa Guzmán, le habló a BRECHA, es decir que ya Francisco no le tiene miedo a los espantos. La llamó un una sesión espiritista y la hizo decir muchas cosas. Francisco es uno de los periodistas jóvenes más inquietos con que cuenta nuestra prensa. Y Francisco en esta entrevista con BRECHA, dijo y dejó de decir, pero Gamboa Guzmán nos hizo a todos los que nos desvivimos con BRECHA, un elogio que se lo agradecemos. BRECHA seguirá adelante, cayendo y levantándose, libre de partidarismos, amplia a todas las ideas, acogedora de todo lo nuevo y respetuosa de nuestros viejos escritores que injustamente olvidan las nuevas generaciones. Francisco Gamboa Guzmán hizo muy bien en hablarle a BRECHA, en hacerla decir cosas que no deben olvidarse.

El 30 de noviembre próximo pasado, se inauguró en el Teatro Nacional, auspiciada por el Centro Cultural Costarricense-Norteamericano, una interesante Exposición de Pinturas del talentoso artista nacional Teodoro (Quico) Quirós. Consta la misma de 32 pinturas, buena parte de ellas paisajes de positivo mérito. Sería prolijo enumerar la belleza de cada una de estas o-





# Gabriela Mistral

Isaac Felipe AZOFEIFA

sía de gran lírico multiplicán-  
do la por el mundo, vino a ser  
una voz hablando a la con-  
ciencia de la humanidad desde  
el fondo olvidado del corazón  
—oscuro y bueno— de un ser  
humano. Esta es su gloria.



¿COMO NOMBRAR aquel espontáneo, aquel dulce y constante don de sí, que era su modo de ser? Voz y gesto, mirada y sonrisa, existían para ese destino. Su verso no fluía de otra fuente. Así era ella.

\*\*\*

El amor que se pone en palabras para oírse llamar amor, no es amor ni es poesía. Pero la lengua abrasada en llamas y torturada de gritos; la lengua ella misma hecha miel y vellón suave, sí es amor y es poesía. Esa era su poesía.

\*\*\*

La palabra maestro ha vuelto a existir con ella, en su mención justa de guía alimentado por una voz que por inauditamente humana pareciera divinamente inspirada. La instancia de vida alta, de espiritual impulso, movía a las gentes en su presencia. En época más propicia se hubieran contado milagros de sus manos por los cronistas. En

este sentido absoluto era maestra.

\*\*\*

Cómo le dolía en el alma el mundo, el mundo desorbitado del presente. Pero era tan segura su fe en nuestro encuentro de nuevo con el sol, que lo que para los desesperados es vagar sin rumbo en la tiniebla, para ella era necesaria prueba de angustia en el religioso perderse para ser salvo, de los que entienden la vida humana como una gran prueba del alma. Así caminaba sobre el mundo.

\*\*\*

Lo buscó, a su Dios, y lo encontró. Era el de los fuertes y el de los humildes. El de la desolación y el del perdón. Lo buscó gritándole y acusándolo en la angustia, y lo encontró. Lo buscó en el ruido casto del agua y en el aire del campo y en la proclama matutina de los pájaros, y lo encontró en todas partes, porque iba dentro de ella hecho amor por todo. Este era su Dios.

Y por todo esto, con su poe-



Nos unimos al regocijo de los costarricenses con motivo de las festividades de la NAVIDAD, y formulamos los mejores votos porque en todos los hogares brille siempre la estrella de la felicidad; y que el nuevo año de 1959 les sea pródigo en gracias materiales y espirituales.



Compañía Nacional de Fuerza y Luz, S. A.

bras, basta a nuestro propósito citar las que más nos llamaron la atención, pues demuestran un progreso notable en la técnica de este artista, a saber: N° 1, "Cocal junto al mar, Puntarenas"; N° 6, "Ermita de Liberia"; N° 12, "I-

glesia del Rosario, Santo Domingo de Heredia"; N° 13, "Paisaje"; N° 15, "Piñuela"; N° 16, "La Llamada"; N° 21, "Estación de Managua, Nicaragua"; N° 24, "Paisaje en Santo Domingo"; N° 27, "Mujer"; N° 32, "Mujer con Cán-

taro". A nuestro juicio, donde Quico alcanza una estilización admirable, un colorido y una distribución de masas extraordinarios, es un "Piñuela". Ahí, en toda esa difícil sencillez, se encuentra la verdadera nota de la perfección.

Cabe que felicitemos al Sr. Floyd del Centro Cultural por el tino con que dirige las actividades de esta institución, y a Quico por el triunfo indudable que está alcanzando con esta Exposición.



# MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"



## PILSEN

### SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.

